

DIARIOS DE COLÓN

ÍNDICE

PRIMER VIAJE.....	385
SEGUNDO VIAJE.....	511
TERCER VIAJE.....	525
CUARTO VIAJE.....	545

PRIMER VIAJE

ESTE es el primer viaje y las derrotas y camino que hizo el almirante don Cristóbal Colón cuando descubrió las Indias, puesto sumariamente, sin el prólogo que hizo a los reyes, que va a la letra y comiença desta manera:

In Nomine Domini Nostri Jhesu Christi

Porque, cristianísimos y muy altos y muy excelentes y muy poderosos príncipes, rey y reina de las Españas y de las islas de la mar, nuestros señores, este presente año de 1492, después de vuestras altezas aver dado fin a la guerra de los moros que reinavan en Europa y aver acabado la guerra en la muy grande ciudad de Granada, adonde este presente año, a dos días del mes de enero, por fuerça de armas vide poner las vanderas reales de vuestras altezas en las torres de la Alfambra, que es la fortaleza de la dicha ciudad, y vide salir al rey moro a las puertas de la ciudad y besar las reales manos de vuestras altezas y del príncipe, mi señor, y luego en aquel presente mes, por la información que yo avía dado a vuestras altezas de las tierras de India y de un príncipe que es llamado Gran Can, que quiere dezir en nuestro romance rey de los reyes, cómo muchas vezes él y sus antecessores avían embiado a Roma a pedir doctores en nuestra santa fe por que le enseñasen en ella y que nunca el santo padre le avía proveído y se perdían tantos pueblos cayendo en idolatrías e recibiendo en sí sectas de perdición, vuestras altezas, como católicos cristianos y príncipes amadores de la santa fe cristiana y acrecentadores de ella e enemigos de la secta de Mahoma y de todas idolatrías y heregías, pensaron de embiarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas partidas de India para ver los dichos príncipes, y los pueblos y las

tierras y la disposición de ellas y de todo y la manera que se pudiera tener para la conversión de ellas a nuestra santa fe. Y ordenaron que yo no fuese por tierra al Oriente, por donde se costumbra de andar, salvo por el camino de Occidente, por donde hasta oy no sabemos por cierta fe que aya passado nadie. Así que, después de aver echado fuera todos los judíos de todos vuestros reinos y señoríos, en el mismo mes de enero mandaron vuestras altezas a mí que con armada suficiente me fuese a las dichas partidas de India. Y para ello me hizieron grandes mercedes y me anoblecieron, que dende en adelante yo me llamase *don* y fuese almirante mayor de la mar Occéana y visorrey e governador perpetuo de todas las islas y tierra firme que yo descubriese y ganase, y de aquí adelante se descubriesen y ganasen en la mar Occéana, y así sucediese mi hijo mayor y él así de grado en grado para siempre jamás.

Cuando salió despachado de la ciudad de Granada el almirante Colón para ir a descubrir las Indias

Y partí yo de la ciudad de Granada a doze días del mes de mayo del mesmo año de 1492, en sábado. Y vine a la villa de Palos, que es puerto de mar, adonde yo armé tres navíos muy aptos para semejante fecho.

Cuando partió el almirante del puerto de Palos para su descubrimiento

Y partí del dicho puerto muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de la mar, a tres días del mes de agosto del dicho año en un viernes, antes de la salida del sol con media ora, y llevé el camino de las islas de Canaria de vuestras altezas, que son en la dicha mar Occéana, para de allí tomar mi derrota y navegar tanto que yo llegase a las Indias, y dar la embaxada de vuestras altezas a aquellos príncipes y cumplir lo que así me avían mandado. Y para esto pensé de escrevir todo este viaje muy puntualmente, de día en día, todo lo que yo hiziese y viesse y pasasse, como adelante se veirá. También, señores príncipes, allende de escrevir cada noche lo

que el día pasare y el día lo que la noche navegare, tengo propósito de hazer carta nueva de navegar, en la cual situaré toda la mar e tierras del mar Occéano en sus propios lugares, debaxo su viento, y más componer un libro y poner todo por el semeiante por pintura, por latitud del equinocial y longitud del Occidente. Y sobre todo cumple mucho que yo olvide el sueño y tiene mucho el navegar, porque así cumple, las cuales serán gran trabaxo.

Viernes 3 de agosto.—Partimos viernes, 3 días de agosto de 1492 años, de la barra de Saltes a las ocho oras. Anduvimos con fuerte virazón hasta el poner del sol hazia el Sur sesenta millas, que son quinze leguas. Después al Sudueste y al Sur, cuarta del Surueste, que era el camino para las Canarias.

Sábado 4 de agosto.—Anduvieron al Sudueste, cuarta del Sur.

Domingo 5 de agosto.—Anduvieron su vía entre día y noche más de cuarenta leguas.

Lunes 6 de agosto.—Saltó o desencasose el governario a la caravela Pinta, donde iba Martín Alonso Pinçón, a lo que se creyó o sospechó, por industria de un Gómez Rascón y Cristóval Quintero, cuya era la caravela, porque le pesava ir aquel viaje. Y dize el almirante que, antes que partiesen, avían hallado en ciertos reveses, grisquetas como dizen, a los dichos. Vídose allí el almirante en gran turbación por no poder ayudar a la dicha caravela sin su peligro, y dize que alguna pena perdía con saber que Martín Alonso Pinçón era persona esforçada y de buen ingenio. En fin, anduvieron entre día y noche veinte y nueve leguas.

Martes 7 de agosto.—Tornose a saltar el governalle a la Pinta, y adobáronlo y anduvieron en demanda de la isla del Lançarote, que es una de las islas de Canaria, y anduvieron entre día y noche veinticinco leguas.

Miércoles 8 de agosto.—Ovo entre los pilotos de las tres caravelas opiniones diversas dónde estavan y el almirante salió más verdadero. Y quisiera ir a Gran Canaria por dexar la caravela Pinta, porque iba mal acondicionada del governario y hazía agua, y quisiera tomar allí otra si la hallara. No pudieron tomarla aquel día.

Jueves 9 de agosto.—Hasta el domingo en la noche no pudo el almirante tomar la Gomera, y Martín Alonso quedose en

aquella costa de Gran Canaria por mandado del almirante, porque no podía navegar. Después tornó el almirante a Canaria o Tenerife y adobaron muy bien la Pinta con mucho trabaxo y diligencia del almirante, de Martín Alonso y de los demás, y al cabo vinieron a la Gomera. Vieron salir gran huego de la sierra de la isla de Tenerife, que es muy alta en gran manera. Hizieron la Pinta redonda, porque era latina. Tornó a la Gomera, domingo a dos de setiembre, con la Pinta adobada. Dize el almirante que juravan muchos hombres honrados españoles que en la Gomera estavan con doña Inés Peraça, madre de Guillén Peraça, que después fue el primer conde de la Gomera, que eran vezinos de la isla del Hierro, que cada año veían tierra al Vueste de las Canarias, que es al Poniente, y otros de la Gomera afirmavan otro tanto con juramento.

Dize aquí el almirante que se acuerda que estando en Portugal el año de 1484, vino uno de la isla de la Madera al rey a le pedir una caravela para ir a esta tierra que vía, el cual juraba que cada año la vía de una manera. Y también dize que se acuerda que lo mismo dezían en las islas de los Açores y todos estos en una derrota y en una manera de señal y en una grandeza. Tomada, pues, agua y leña y carnes y lo demás que tenían los hombres que dexó en la Gomera el almirante cuando fue a la isla de Canaria a adobar la caravela Pinta, finalmente se hizo a la vela de la dicha isla de la Gomera con sus tres caravelas jueves a seis días de setiembre.

Jueves 6 de setiembre.—Partió aquel día por la mañana del puerto de la Gomera y tomó la buelta para ir su viaje. Y supo el almirante de una caravela que venía de la isla del Hierro, que andavan por allí tres caravelas de Portugal para lo tomar: devía de ser de embidia que el rey tenía por averse ido a Castilla. Y anduvo todo aquel día y noche en calma, y a la mañana se halló entre la Gomera y Tenerife.

Viernes 7 de setiembre.—Todo el viernes y el sábado, hasta tres oras de noche, estuvo en calmas.

Sábado 8 de setiembre.—Tres oras de noche sábado comenzó a ventar Nordeste, y tomó su vía y caminó al Güeste. Tuvo mucha mar por proa que le estorbava el camino. Y andarían aquel día nueve leguas con su noche.

Domingo 9 de septiembre.—Anduvo aquel día quince leguas, y acordó contar menos de las que andava, porque, si el viaje fuese luengo, no se espantase y desmayase la gente. En la noche anduvo ciento y veinte millas, a diez millas por ora, que son treinta leguas. Los marineros governavan mal, decayendo sobre la cuarta del Norueste y aún a la media partida, sobre lo cual les riñó el almirante muchas vezes.

Lunes 10 de septiembre.—En aquel día con su noche anduvo sesenta leguas, a diez millas por ora, que son dos leguas y media; pero no contava sino cuarenta y ocho leguas, por que no se asombrase la gente si el viaje fuese largo.

Martes 11 de septiembre.—Aquel día navegaron a su vía, que era el Güeste, y anduvieron veinte leguas y más, y vieron un gran troço de mástel de nao, de ciento y veinte toneles, y no lo pudieron tomar. La noche anduvieron cerca de veinte leguas y contó no más de diez y seis por la causa dicha.

Miércoles 12 de septiembre.—Aquel día, yendo su vía, anduvieron en noche y día treinta y tres leguas, contando menos por la dicha causa.

Jueves 13 de septiembre.—Aquel día con su noche, yendo a su vía, que era el Güeste, anduvieron treinta y tres leguas, y contava tres o cuatro menos. Las corrientes le eran contrarias. En este día, al comienço de la noche, las agujas noruesteavan, y a la mañana nordesteavan algún tanto.

Viernes 14 de septiembre.—Navegaron aquel día su camino al Güeste con su noche y anduvieron veinte leguas, contó alguna menos. Aquí dixeron los de la caravela Niña que avían visto un garxao y un rabo de junco, y estas aves nunca se apartan de tierra quando más veinticinco leguas.

Sábado 15 de septiembre.—Navegó aquel día con su noche veintisiete leguas su camino al Güeste y algunas más. Y en esta noche al principio de ella vieron caer del cielo un maravilloso ramo de huego en la mar, lexos de ellos cuatro o cinco leguas.

Domingo 16 de septiembre.—Navegó aquel día y la noche a su camino, el Güeste. Andarían treinta y nueve leguas, pero no contó sino treinta y seis. Tuvo aquel día algunos ñublados, lloviznó. Dize aquí el almirante que oy y siempre de allí adelante hallaron aires temperatísimos, que era plazer grande el

gusto de las mañanas, que no faltava sino oír ruiseñores. Dize él: «y era el tiempo como por abril en el Andalucía». Aquí comenzaron a ver muchas manadas de yerba muy verde que poco avía, según le parecía, que se avía desapegado de tierra, por lo cual todos juzgavan que estaban cerca de alguna isla, pero no de tierra firme, según el almirante, que dize: «porque la tierra firme hago más adelante».

Lunes 17 de septiembre.—Navegó a su camino el Güeste, y andarían en día y noche cincuenta leguas y más. No asentó sino cuarenta y siete. Ayudávasles la corriente. Vieron mucha yerva y muy a menudo, y era yerva de peñas y venían las yervas de hazia Poniente. Juzgavan estar cerca de tierra. Tomaron los pilotos el Norte, marcándolo, y hallaron que las agujas noruesteaban una gran cuarta, y temían los marineros y estaban penados y no dezían de qué. Conociolo el almirante, mandó que tornasen a marcar el Norte en amaneciendo, y hallaron que estaban buenas las agujas. La causa fue porque la estrella que parece haze movimiento y no las agujas. En amaneciendo, aquel lunes vieron muchas más yervas y que parecían yervas de ríos, en las cuales hallaron un cangrejo vivo, el cual guardó el almirante. Y dize que aquellas fueron señales ciertas de tierra, porque no se hallan ochenta leguas de tierra. El agua de la mar hallavan menos salada desde que salieron de las Canarias, los aires siempre más suaves. Ivan muy alegres todos, y los navíos, quien más podía andar andava por ver primero tierra. Vieron muchas toninas, y los de la Niña mataron una. Dize aquí el almirante que aquellas señales eran del Poniente, «donde espero en aquel alto Dios, en cuyas manos están todas las victorias, que muy presto nos dará tierra». En aquella mañana dize que vido una ave blanca que se llama rabo de junco, que no suele dormir en la mar.

Martes 18 de septiembre.—Navegó aquel día con su noche, y andarían más de cincuenta y cinco leguas, pero no asentó sino cuarenta y ocho. Llevava todos estos días mar muy bonanço, como en el río de Sevilla. Este día Martín Alonso, con la Pinta, que era gran velera, no esperó, porque dixo al almirante desde su caravela que avía visto gran multitud de aves ir hazia el Poniente, y que aquella noche esperaba ver tierra y por eso

andava tanto. Apareció a la parte del Norte una gran cerrazón, que es señal de estar sobre la tierra.

Miércoles 19 de septiembre.—Navegó su camino, y entre día y noche andaría veinticinco leguas, porque tuvieron calma. Escribió veintidós. Este día, a las diez oras, vino a la nao un alcatraz, y a la tarde vieron otro, que no suelen apartarse veinte leguas de tierra. Vinieron unos llovizneros sin viento, lo que es señal cierta de tierra. No quiso detenerse barloventeando el almirante para averiguar si avía tierra, más de que tuvo por cierto que a la vanda del Norte y del Sur avía algunas islas, como en la verdad lo estaban, y él iba por medio de ellas. Porque su voluntad era de seguir adelante hasta las Indias, «y el tiempo es bueno, porque plaziendo a Dios a la buelta todo se vería». Estas son sus palabras.

Aquí descubrieron sus puntos los pilotos: el de la Niña se hallava de las Canarias cuatrocientas cuarenta leguas; el de la Pinta, cuatrocientas veinte; el de la donde iba el almirante, cuatrocientas justas.

Jueves 20 de septiembre.—Navegó este día al Güeste cuarta del Norueste y a la media partida, porque se mudaron muchos vientos con la calma que avía. Andarían hasta siete o ocho leguas. Vinieron a la nao dos alcatraces y después otro, que fue señal de estar cerca de tierra, y vieron mucha yerva, aunque el día pasado no avían visto de ella. Tomaron un pájaro con la mano, que era como garjao, era pájaro de río y no de mar, los pies tenía como gaviota. Vinieron al navío, en amaneciendo, dos o tres paxaritos de tierra cantando, y después, antes del sol salido, desaparecieron. Después vino un alcatraz, venía del Güesnorueste, iba al Sueste, que era señal que dexava la tierra al Güesnorueste, porque estas aves duermen en tierra y por la mañana van a la mar a buscar su vida, y no se alexan veinte leguas.

Viernes 21 de septiembre.—Aquel día fue todo lo más calma y después algún viento. Andarían entre día y noche, de ello a la vía y de ello no, hasta treze leguas. En amaneciendo, hallaron tanta yerva que parecía ser la mar cuajada de ella, y venía del Güeste. Vieron un alcatraz. La mar muy llana como un río y los aires los mejores del mundo. Vieron una vallena, que es señal que estaban cerca de tierra, porque siempre andan cerca.

Sábado 22 de septiembre.—Navegó al Güesnorueste más o menos, acostándose a una y a otra parte. Andarían treinta leguas. No vían cuasi yerba. Vieron unas pardelas y otra ave. Dize aquí el almirante: «Mucho me fue necesario este viento contrario, porque mi gente andavan muy estimulados, que pensavan que no ventavan en estos mares vientos para bolver a España». Por un pedaço de día no ovo yerva; después, muy espesa.

Domingo 23 de septiembre.—Navegó al Norueste y a las veces a la cuarta del Norte y a las veces a su camino, que era el Güeste, y andaría hasta veintisiete leguas. Vieron una tórtola y un alcatraz y otro paxarito de río y otras aves blancas. Las yervas eran muchas, y hallavan cangrejos en ellas. Como la mar estuviere mansa y llana, murmurava la gente diziendo que, pues por allí no avía mar grande, que nunca ventaría para bolver a España. Pero después alçose mucho la mar y sin viento, que los asombraba, por lo cual dize aquí el almirante: «Así que muy necesario me fue la mar alta, que no pareció, salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto contra Moisés, que los sacava de captiverio».

Lunes 24 de septiembre.—Navegó a su camino al Güeste día y noche, y andarían catorze leguas y media. Contó doze. Vino al navío un alcatraz y vieron muchas pardelas.

Martes 25 de septiembre.—Este día ovo mucha calma y después ventó, y fueron su camino al Güeste hasta la noche. Iva hablando el almirante con Martín Alonso Pinçón, capitán de la otra caravela, Pinta, sobre una carta que le avía embiado tres días avía a la caravela, donde, según parece, tenía pintadas el almirante ciertas islas por aquella mar. Y dezía el Martín Alonso que estaban en aquella comarca y respondía el almirante que así le parecía a él. Pero, puesto que no oviesen dado con ellas, lo devían de aver causado las corrientes, que siempre avían echado los navíos al Nordeste, y que no avían andado tanto como los pilotos dezían. Y, estando en esto, díxole el almirante que le embiase la carta dicha. Y, embiada con alguna cuerda, començó el almirante a cartear en ella con su piloto y marineros. Al sol puesto, subió el Martín Alonso en la popa de su navío y con mucha alegría llamó al almirante, pidiéndole albricias que vía tierra.

Y cuando se lo oyó dezir al dicho Martín, el almirante dize que se echó a dar gracias a Nuestro Señor de rodillas, y el Martín Alonso dezía *Gloria in excelsis Deo* con su gente. Lo mismo hizo la gente del almirante, y los de la Niña. Subiéronse todos sobre el mástel y en la xarcia, y todos afirmaron que era tierra. Y al almirante así pareció y que avría a ella veinticinco leguas. Estuvieron hasta la noche afirmando todos ser tierra. Mandó el almirante dexar su camino, que era el Güeste, y que fuesen todos al Sudueste, adonde avía parecido la tierra. Avrían andado aquel día al Güeste cuatro leguas y media y en la noche al Sudeste diez y siete leguas, que son veintiuna, puesto que dezía a la gente treze leguas, porque siempre finxía a la gente que hazía poco camino por que no les pareciese largo, por manera que escribió por dos caminos aquel viaje: el menor fue el fingido y el mayor el verdadero. Anduvo la mar muy llana, por lo cual se echaron a nadar muchos marineros. Vieron muchos dorados y otros peces.

Miércoles 26 de septiembre.—Navegó a su camino al Güeste hasta después de mediodía. De allí fueron ad Sudueste hasta conocer que lo que dezían que avía sido tierra no lo era, sino cielo. Anduvieron día y noche treinta y una leguas, y contó a la gente veinticuatro. La mar era como un río, los aires dulces y suavísimos.

Jueves 27 de septiembre.—Navegó a su vía al Güeste. Anduvo entre día y noche veinticuatro leguas, contó a la gente veinte leguas. Vinieron muchos dorados, mataron uno. Vieron un rabo de junco.

Viernes 28 de septiembre.—Navegó a su camino al Güeste, anduvieron día y noche con calmas catorze leguas, contaron treze. Hallaron poca yerva, tomaron dos peces dorados y en los otros navíos más.

Sábado 29 de septiembre.—Navegó a su camino El Güeste. Anduvieron veinticuatro leguas, contó a la gente veintiuna. Por calmas que tuvieron, anduvieron entre día y noche poco. Vieron un ave que se llama rabiforçado, que haze gomitara a los alcatraces lo que comen para comerlo ella y no se mantiene de otra cosa. Es ave de la mar, pero no posa en la mar ni se aparta de tierra veinte leguas. Ay destas muchas en las islas

de Cabo Verde. Después vieron dos alcatraces. Los aires eran muy dulces y sabrosos, que dizque no faltava sino oír el rui-señor, y la mar llana como un río. Parecieron después en tres veces tres alcatraces y un forçado. Vieron mucha yerva.

Domingo 30 de septiembre.—Navegó su camino al Güeste. Anduvo entre día y noche por las calmas catorze leguas, contó onze. Vinieron al navío cuatro rabos de junco, que es gran señal de tierra, porque tantas aves de una naturaleza juntas es señal que no andan desmandadas ni perdidas. Viéronse cuatro alcatraces en dos veces, yerva mucha. Nota que las estrellas que se llaman las guardias, cuando anochece, están junto al braço de la parte del Poniente y, cuando amanece, están en la línea debaxo del braço al Nordeste, que parece que en toda la noche no andan salvo tres líneas, que son nueve oras, y esto cada noche. Esto dize aquí el almirante. También, en anocheciendo, las agujas noruestean una cuarta y, en amaneciendo, están con la estrella justo. Por lo cual parece que la estrella haze movimiento como las otras estrellas y las agujas piden siempre la verdad.

Lunes 1º de octubre.—Navegó su camino al Güeste. Anduvieron veinticinco leguas, contó a la gente veinte leguas. Tuvieron grande aguacero. El piloto del almirante tenía oy, en amaneciendo, que avían andado desde la isla del Hierro hasta aquí quinientas setenta y ocho leguas al Güeste. La cuenta menor que el almirante mostrava a la gente eran quinientas ochenta y cuatro, pero la verdadera que el almirante juzgava y guardava eran setecientos siete.

Martes 2 de octubre.—Navegó a su camino al Güeste noche y día treinta y nueve leguas, contó a la gente obra de treinta leguas. La mar llana y buena siempre. «A Dios muchas gracias sean dadas», dixo aquí el almirante. Yerva venía de Leste a Güeste, por el contrario de lo que solía. Parecieron muchos peces, matose uno. Vieron un ave blanca que parecía gaviota.

Miércoles 3 de octubre.—Navegó su vía ordinaria. Anduvieron cuarenta y siete leguas, contó a la gente cuarenta leguas. Aparecieron pardelas, yerva mucha, alguna muy vieja y otra muy fresca, y traía como fruta. No vieron aves algunas, y creía el almirante que le quedavan atrás las islas que traía pintadas en

su carta. Dize aquí el almirante que no se quiso detener barloventeando la semana pasada y estos días que vía tantas señales de tierra, aunque tenía noticias de ciertas islas en aquella comarca, por no se detener, pues su fin era pasar a las Indias y, si detuviera, dize él que no fuera buen seso.

Jueves 4 de octubre.—Navegó a su camino al Güeste. Anduvieron entre día y noche sesenta y tres leguas, contó a la gente cuarenta y seis leguas. Vinieron al navío más de cuarenta pardales juntos y dos alcatraces, y al uno dio una pedrada un moço de la caravela. Vino a la nao un rabiforçado y una blanca como gaviota.

Viernes 5 de octubre.—Navegó a su camino. Andarían onze millas por ora, por noche y día andarían cincuenta y siete leguas, porque afloxó la noche algo el viento, contó a su gente cuarenta y cinco. La mar bonança y llana. «A Dios, dize, muchas gracias sean dadas». El aire muy dulce y temprado, yerva nenguna, aves pardelas muchas, peces golondrinos volaron en la nao muchos.

Sábado 6 de octubre.—Navegó su camino al Vueste o Güeste, que es lo mismo. Anduvieron cuarenta leguas entre día y noche, contó a la gente treinta y tres leguas. Esta noche dixo Martín Alonso que sería bien navegar a la cuarta del Güeste, a la parte del Sudueste, y el almirante pareció que no. Dezía esto Martín Alonso por la isla de Cipango, y el almirante vía que, si la erravan, que no pudieran tan presto tomar tierra y que era mejor una vez ir a la tierra firme y después a las islas.

Domingo 7 de octubre.—Navegó a su camino el Güeste, anduvieron doze millas por ora dosoras y después ocho millas por ora, y andaría hasta una ora de sol veintitrés leguas, contó a la gente diez y ocho. En este día, al levantar del sol, la caravela Niña, que iba delante por ser velera, y andavan quien más podía por ver primero tierra por gozar de la merced que los reyes a quien primero la viese avían prometido, levantó una vanderá en el topo del mástel y tiró una lombarda por señal que vían tierra, porque así lo avía ordenado el almirante. Tenía también ordenado que al salir del sol y al ponerse se juntasen todos los navíos con él, porque estos dos tiempos son más propios por que los humores den más lugar a ver más lexos.

Como en la tarde no viesen tierra, la que pensavan los de la caravela Niña que avían visto, y porque pasavan gran multitud de aves de la parte del Norte al Sudueste, por lo cual era de creer que se ivan a dormir a tierra o huían quizá del invierno, que en las tierras de donde venían devía de querer venir, porque sabía el almirante que las más de las islas que tienen los portugueses por las aves las descubrieron. Por esto el almirante acordó dexar el camino del Güeste y poner la proa hazia Güesudueste con determinación de andar dos días por aquella vía. Esto començó antes una ora del sol puesto. Andarían en toda la noche obra de cinco leguas y veintitrés del día. Fueron por todas veintiocho leguas noche y día.

Lunes 8 de octubre.—Navegó al Güesudueste y andarían entre día y noche onze leguas y media o doze, y a ratos parece que anduvieron en la noche quinze millas por ora, si no está mentirosa la letra. Tuvieron la mar como el río de Sevilla, «gracias a Dios», dize el almirante. Los aires muy dulces, como en abril en Sevilla, que es plazer estar a ellos: tan olorosos son. Pareció la yerva muy fresca, muchos paxaritos de campo, y tomaron uno que ivan huyendo al Sudueste, grajaos y ánades y un alcatraz.

Martes 9 de octubre.—Navegó al Sudueste, anduvo cinco leguas, mudose el viento y corrió al Güeste cuarta al Norueste, y anduvo cuatro leguas. Después con todas onze leguas de día y a la noche veinte leguas y media, contó a la gente diez y siete leguas. Toda la noche oyeron pasar páxaros.

Miércoles 10 de octubre.—Navegó al Güesudueste. Anduvieron a diez millas por ora y a ratos doze y algún rato a siete, y entre día y noche cincuenta y nueve leguas, contó a la gente cuarenta y cuatro leguas no más. Aquí la gente ya no lo podía sufrir, quexávanse del largo viaje. Pero el almirante los esforçó lo mejor que pudo, dándoles buena esperança de los provechos que podrían aver. Y añidía que por demás era quexarse, pues que él avía venido a las Indias y que así lo avía de proseguir hasta hallarlas con el ayuda de Nuestro Señor.

Jueves 11 de octubre.—Navegó al Güesudueste. Tuvieron mucha mar y más que en todo el viaje avían tenido. Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la caravela Pinta

una caña y un palo, y tomaron otro palillo labrado a lo que parecía con hierro, y un pedaço de caña y otra yerva que nace en tierra, y una tablilla. Los de la caravela Niña también vieron otras señales de tierra y un palillo cargado de escaramojos. Con estas señales respiraron y alegráronse todos. Anduvieron en este día hasta puesto el sol veintisiete leguas.

Después del sol puesto, navegó a su primer camino al Güeste. Andarían doze millas cada ora, y hasta dos horas después de medianoche andarían noventa millas, que son veintidós leguas y media. Y porque la caravela Pinta era más velera, iba delante del almirante, halló tierra y hizo las señas que el almiranteavía mandado. Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana. Puesto que el almirante a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre, aunque, como fue cosa tan cerrada, que no quiso afirmar que fuese tierra, pero llamó a Pedro Gutiérrez, repostero de estrados del rey, e díxole que parecía lumbre, que mirasse él, y así lo hizo y vídola. Díxole también a Rodrigo Sánchez de Segovia, que el rey y la reina embiavan en el armada por veedor, el cual no vido nada porque no estava en lugar do la pudiese ver. Desde el almirante lo dixo, se vido una vez o dos, y era como una candelilla de cera que se açava y levantava, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra, pero el almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra. Por lo cual, cuando dixeron la Salve, que la acostumbravan dezir cantar a su manera todos los marineros y se hallavan todos, rogó y amonestolos el almirante que hiziesen buena guarda al castillo de proa y mirasen bien por la tierra, y que al que le dixese primero que vía tierra le daría luego un jubón de seda, sin las otras mercedes que los reyes avían prometido, que eran diez mil maravedíes de juro a quien primero la viesse.

A las dos horas después de medianoche pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amainaron todas las velas y quedaron con el treo, que es la vela grande, sin bonetas, y pusieronse a la corda, temporizando hasta el día viernes, que llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamava en lengua de indios Guanahaní. Luego vieron gente desnuda y el almirante salió a tierra en la barca armada, y Martín Alonso Pinzón y Vicente

Anes, su hermano, que era capitán de la Niña. Sacó el almirante la vandera real y los capitanes con dos vanderas de la Cruz Verde, que llevaba el almirante en todos los navíos por seña, con una F y una Y, encima de cada letra su corona, una de un cabo de la cruz y otra de otro. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo de Escobedo, escrivano de toda el armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dixo que le diesen por fe y testimonio cómo él por ante todos tomava, como de hecho tomó, posesión de la dicha isla por el rey y por la reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requirían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hizieron por escrito. Luego se ayuntó allí mucha gente de la isla.

Esto que se sigue son palabras formales del almirante, en su libro de su primera navegación y descubrimiento destas Indias. «Yo —dize él— porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra santa fe con amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidro que se ponían al pescueço, y otras cosas muchas de poco valor, con que ovieron mucho plazer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde nos estábamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocavan por otras cosas que nos les dávamos, como cuentezillas de vidro y cascaveles. En fin, todo tomavan y davan de aquello que tenían de buena voluntad, mas me pareció que era gente muy pobre de todo.

Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mugeres, aunque no vide más de una harto moça. Y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años. Muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruessos quasi como sedas de cola de cavallo, y cortos. Los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan. De ellos se pintan de prieto y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y de ellos se

pintan de blanco y de ellos de colorado y de ellos de lo que fallan. Y de ellos se pintan las caras y de ellos todo el cuerpo, y de ellos solos los ojos y de ellos sólo el nariz. Ellos no traen armas ni las conocen, porque les amostré espadas y las tomavan por el filo y se cortavan con ignorancia. No tienen algún fierro, sus azagayas son unas varas sin fierro y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos. Yo vide algunos que tenían señales de feridas en sus cuerpos y les hize señas qué era aquello y ellos me mostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban acerca y los querían tomar y se defendían. Y yo creí, creo, que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por captivos. Ellos deven ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dizen todo lo que les decía. Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, plaziendo a Nuestro Señor, levaré de aquí al tiempo de mi partida seis a vuestras altezas para que deprendan hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo papagayos en esta isla». Todas son palabras del almirante.

Sábado 13 de octubre.—«Luego que amaneció vinieron a la playa muchos destes hombres, todos mancebos, como dicho tengo. Y todos de buena estatura, gente muy fermosa, los cabellos no crespos, salvo corredíos y gruesos, como sedas de cavallo, y todos de la frente y cabeça muy ancha más, que otra generación que fasta aquí aya visto. Y los ojos muy fermosos y no pequeños, y ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios. Ni se deve esperar otra cosa, pues está Lestegüeste con la isla del Fierro, en Canaria, so una línea. Las piernas muy derechas, todos a una mano, y no barriga, salvo muy bien hecha. Ellos vinieron a la nao con almadías, que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedaço y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes en que en algunos venían cuarenta y cuarenta y cinco hombres, y otras más pequeñas, fasta aver de ellas en que venía un solo hombre. Remavan con una pala como de fornero, y anda a maravilla y, si se le trastorna, luego se echan todos a nadar y la endereçan y vazían con calabças que traen ellos. Traían ovillos de algodón

filado y papagayos y azagayas y otras cositas que sería tedio de escrevir, y todo davan por cualquier cosa que se les diese.

Y yo estava atento y trabajava de saber si avía oro, y vide que algunos de ellos traían un pedaçuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz. Y por señas pude entender que yendo al Sur o bolviendo la isla por el Sur, que estava allí un rey que tenía grandes vasos de ello, y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá y después vide que no entendían en la ida. Determiné de aguardar fasta mañana en la tarde y después partir para el Subdueste que, según muchos de ellos me enseñaron, dezían que avía tierra al Sur y al Sudueste y al Norueste, y que estas del Norueste les venían a combatir muchas vezes, y así ir al Sudueste a buscar el oro y piedras preziosas. Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes y muchas aguas y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña y toda ella verde, que es plazer mirarla. Y esta gente farto mansa y por la gana de aver de nuestras cosas y teniendo que no se les ha de dar sin que den algo y no lo tienen, toman lo que pueden y se echan luego a nadar. Mas todo lo que tienen lo dan por cualquiera cosa que les den, que fasta los pedaços de las escudillas y de las taças de vidro rotas rescataban, fasta que vi dar diez y seis ovillos de algodón por tres ceotús de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos avría más de un arrova de algodón filado. Esto defendiera y no dexara tomar a nadie, salvo que yo lo mandara tomar todo para vuestras altezas, si oviera en cantidad. Aquí nace en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe. Y también aquí nace el oro que traen colgado a la nariz, mas por no perder tiempo quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Cipango. Agora, como fue noche, todos se fueron a tierra con sus almadías».

Domingo 14 de octubre.—«En amaneciendo mandé adereçar el batel de la nao y las barcas de las caravelas, y fue al luengo de la isla, en el camino del Nornordeste, para ver la otra parte, que era de la otra parte del Leste, qué avía. Y también para ver las poblaciones y vide luego dos o tres y la gente que venían todos a la playa llamándonos y dando gracias a Dios. Los unos nos traían agua, otros otras cosas de comer, otros, cuando veían que yo no curava de ir a tierra, se echavan a la mar

nadando y venían, y entendíamos que nos preguntaban si éramos venidos del cielo. Y vino uno viejo en el batel dentro y otros a bozes grandes llamaban todos hombres y mugeres: 'Venid a ver los hombres que vinieron del cielo, traedles de comer y beber'. Vinieron muchos y muchas mugeres, cada uno con algo, dando gracias a Dios, echándose al suelo, y levantaban las manos al cielo y después a bozes nos llamaban que fuésemos a tierra. Mas yo tenía de ver una grande restinga de piedras que cerca toda aquella isla alrededor y entremedias queda hondo y puerto para cuantas naos ay en toda la cristiandad, y la entrada de ello muy angosta. Es verdad que dentro desta cinta ay algunas baxas, mas la mar no se mueve más que dentro en un pozo.

Y para ver todo esto me moví esta mañana, porque supiese dar de todo relación a vuestras altezas y también a donde pudiera hazer fortaleza, y vide un pedaço de tierra que se haze como isla, aunque no lo es, en que avía seis casas. El cual se pudiera atajar en dos días por isla, aunque yo no veo ser necesario, porque esta gente es muy simplice en armas, como verán vuestras altezas de siete que yo hize tomar para les llevar y prender nuestra fabla y bolvellos. Salvo que vuestras altezas, cuando mandaren, puédenlos todos llevar a Castilla o tenellos en la misma isla captivos, porque con cincuenta hombres los ternán todos sojuzgados y los harán hazer todo lo que quisieren. Y después, junto a la dicha isleta, están güertas de árboles, las más hermosas que yo vi, tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de abril y de mayo, y mucha agua. Yo miré todo aquel puerto y después me bolví a la nao y di la vela, y vide tantas islas que yo no sabía determinarme a cuál iría primero. Y aquellos hombres que yo tenía tomado me dezían por señas que eran tantas y tantas que no avía número, y anombraron por su nombre más de ciento. Por ende yo miré por la más grande y aquella determiné andar, y así hago, y será lexos desta de San Salvador cinco leguas y las otras de ellas más, de ellas menos. Todas son muy llanas, sin montañas y muy fértiles y todas pobladas, y se hazen guerra la una a la otra, aunque estos son muy simplices y muy lindos cuerpos de hombres».

Lunes 15 de octubre.—«Avía temporejado esta noche con temor de no llegar a tierra a sorgir antes de la mañana, por no saber

si la costa era limpia de baxas, y en amaneciendo cargar velas. Y como la isla fuese más lexos de cinco leguas, antes será siete, y la marea me detuvo, sería mediodía cuando llegué a la dicha isla. Y fallé que aquella haz, que es de la parte de la isla de San Salvador, se corre Norte Sur y han en ella cinco leguas. Y la otra, que yo seguí, se corría Lestegüeste y han en ella más de diez leguas. Y como desta isla vide otra mayor al Güeste, cargué las velas por andar todo aquel día fasta la noche, por que aún no pudiera aver andado al cabo del Güeste. A la cual puse nombre la isla de Santa María de la Concepción. Y cuasi al poner del sol sorgí acerca del dicho cabo por saber si avía allí oro, porque estos que yo avía hecho tomar en la isla de San Salvador me dezían que aí traían manillas de oro muy grandes a las piernas y a los braços. Yo bien creí que todo lo que dezían era burla para se fugir. Con todo, mi voluntad era de no pasar por ninguna isla de que no tomase posesión, puesto que, tomado de una, se puede dezir de todas. Y sorgí e estuve hasta oy martes, que en amaneciendo fue a tierra con las barcas armadas y salí. Y ellos, que eran muchos, así desnudos y de la misma condición de la otra isla de San Salvador, nos dexaron ir por la isla y nos davan lo que les pedía.

Y porque el viento cargava a la traviesa Sueste, no me quise detener y partí para la nao, y una almadía grande estava a bordo de la caravela Niña y uno de los hombres de la isla del San Salvador, que en ella era, se echó a la mar y se fue en ella, y la noche de antes, a medio echado el otro, fue atrás la almadía, la cual fugió, que jamás fue barca que le pudiese alcançar, puesto que le teníamos grande avante. Con todo, dio en tierra y dexaron la almadía, y algunos de los de mi compañía salieron en tierra tras ellos, y todos fugeron como gallinas. Y la almadía que avían dexado la llevamos a bordo de la caravela Niña, adonde ya de otro cabo venía otra almadía pequeña con un hombre que venía a rescatar un ovillo de algodón, y se echaron algunos marineros a la mar, porque él no quería entrar en la caravela, y le tomaron. Y yo, que estava a la popa de la nao, que vide todo, embié por él y le di un bonete colorado y unas cuentas de vidro verdes, pequeñas, que le puse al braço, y dos cascaveles, que le puse a las orejas, y le mandé bolver a su al-

madía, que también tenía en la barca, y le embié a tierra. Y di luego la vela para ir a la otra isla grande que yo vía al Güeste y mandé largar también la otra almadía que traía la caravela Niña por popa y vide después en tierra, al tiempo de la llegada del otro a quien yo avía dado las cosas susodichas y no le avía querido tomar el ovillo de algodón, puesto que él me lo quería dar. Y todos los otros se llegaron a él y tenía a gran maravilla, bien le pareció que éramos buena gente y que el otro se avía fugido nos avía hecho algún daño y que por esto lo llevávamos. Y a esta razón usé esto con él de le mandar alargar y le di las dichas cosas por que nos tuviesen en esta estima, por que otra vez cuando vuestras altezas aquí tornen a embiar, no hagan mala compañía; y todo lo que yo le di no valía cuatro maravedís.

Y así partí, que serían las diez oras, con el viento Sueste, y tocava de Sur para pasar a estotra isla, la cual es grandíssima y adonde todos estos hombres que yo traigo de la de San Salvador hazen señas que ay muy mucho oro y que lo traen en los braços en manillas y a las piernas y a las orejas y al nariz y al pescueço. Y avía desta isla de Santa María a esta otra nueve leguas Lestegüeste, y se corre toda esta parte de la isla Norueste Sueste. Y se parece que bien avría en esta costa más de veintiocho leguas en esta faz. Y es muy llana, sin montaña ninguna, así como aquella de San Salvador y de Santa María. Y todas playas sin roquedos, salvo que a todas ay algunas peñas acerca de tierra, debaxo del agua, por donde es menester abrir el ojo cuando se quiere surgir, e no surgir mucho acerca de tierra, aunque las aguas son siempre muy claras y se ve el fondo. Y desviado de tierra dos tiros de lombarda, ay en todas estas islas tanto fondo que no se puede llegar a él. Son estas islas muy verdes y fértiles y de aires muy dulces, y puede aver muchas cosas que yo no sé, porque no me quiero detener por calar y andar muchas islas para fallar oro. Y pues estas dan así estas señas, que lo traen a los braços y a las piernas, y es oro, porque les amostré algunos pedaços del que yo tengo, no puedo errar con el ayuda de Nuestro Señor, que yo no le falle a donde nace.

Y estando a medio golfo destas dos islas —es de saber, de aquella de Santa María y desta grande, a la cual pongo nom-

bre la Fernandina—, fallé un hombre solo en una almadía que se pasava de la isla de Santa María a la Fernandina, y traía un poco de su pan, que sería tanto como el puño, y una calabaza de agua y un pedaço de tierra bermeja hecha en polvo y después amasada, y unas hojas secas, que deve ser cosa muy apreciada entre ellos, porque ya me truxeron en San Salvador de ellas en presente. Y traía un cestillo a su guisa en que tenía un ramalejo de cuentezillas de vidro y dos blancas, por las cuales conocí que él venía de la isla de San Salvador, y avía pasado aquella de Santa María y se pasava a la Fernandina, el cual se llegó a la nao. Yo le hize entrar, que así lo demandava él, y le hize poner su almadía en la nao y guardar todo lo que él traía, y le mandé dar de comer pan y miel y de beber. Y así le pasaré a la Fernandina y le daré todo lo suyo, porque dé buenas nuevas de nos por a Nuestro Señor aplaziendo, cuando vuestras altezas embíen acá, que aquellos que vinieren recivan honra y nos den de todo lo que oviere».

Martes 16 de octubre.—«Partí de las islas de Santa María de la Concepción, que sería ya cerca de mediodía, para la isla Fernandina, la cual amuestra ser grandíssima al Güeste, y navegué todo aquel día con calmería. No pude llegar a tiempo de poder ver el fondo para surgir en limpio, porque es en esto mucho de aver gran diligencia por no perder las anclas, y así temporizé toda esta noche hasta el día, que vine a una población, adonde yo surgí e adonde avía venido aquel hombre que yo hallé ayer en aquella almadía a medio golfo, el cual avía dado tantas buenas nuevas de nos que toda esta noche no faltó almadías a bordo de la nao, que nos traían agua y de lo que tenían. Yo a cada uno le mandava dar algo, es a saber, algunas contezillas, diez o doze de ellas de vidro en un filo, y algunas sonajas de latón destas que valen en Castilla un maravedí cada una, y algunas agujetas, de que todo tenían en grandíssima excelencia, y también los mandava dar para que comiesen, cuando venían en la nao, miel de açúcar. Y después, a oras de tercia, embié el batel de la nao en tierra por agua, y ellos de muy buena gana le enseñavan a mi gente adónde estava el agua, y ellos mesmos traían los barriles llenos al batel y se folgavan mucho de nos hazer plazer.

Esta isla es grandíssima y tengo determinado de la rodear, porque, según puedo entender, en ella o acerca de ella ay mina de oro. Esta isla está desviada de la de Santa María ocho leguas cuasi Lestegüeste, y este cabo adonde yo vine y toda esta costa se corre Norueste y Sursueste, y vide bien veinte leguas de ella, mas aí no acabava. Agora, escriviendo esto, di la vela con el viento sur para pujar a rodear toda la isla y trabaxar hasta que halle Samaot, que es la isla o ciudad adonde es el oro, que así lo dizen todos estos que aquí vienen en la nao, y nos lo dezían los de la isla de San Salvador y de Santa María. Esta gente es semejante a aquellas de las dichas islas, y una fabla y unas costumbres, salvo que estos ya me parecen algún tanto más doméstica gente y de trato y más sotiles, porque veo que han traído algodón aquí a la nao y otras cositas que saben mejor refetar el pagamento que no hazían los otros. Y aun en esta isla vide paños de algodón fechos como mantillos y la gente más dispuesta, y las mugeres traen por delante su cuerpo una cosita de algodón que escasamente les cobija su natura.

Ella es isla muy verde y llana y fertilíssima, y no pongo duda que todo el año siembran panizo y cogen, y así todas otras cosas. Y vide muchos árboles muy diformes de los nuestros y de ellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito es de una manera y otro de otra, y tan disforme que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de una manera a la otra. Verbigracia: un ramo tenía las fojas de manera de cañas y otro de manera de lantisco, y así en un solo árbol de cinco a seis destas maneras, y todos tan diversos; ni estos son enxeridos, porque se pueda dezir que el enxerto lo haze, antes son por los montes, ni cura de ellos esta gente. No le conozco secta ninguna y creo que muy presto se tornarían cristianos, porque ellos son de muy buen entender. Aquí son los peces tan diformes de los nuestros que es maravilla. Ay algunos hechos como gallos, de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mil maneras, y las colores son tan finas que no ay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos. También ay vallas. Bestias en tierra no vide ninguna de ninguna manera, salvo papagayos y lagartos. Un

moço me dixo que vido una grande culebra. Ovejas ni cabras ni otra ninguna bestia vide; aunque yo é estado aquí muy poco, que es mediodía, mas, si las oviese, no pudiera errar de ver alguna. El cerco desta isla escribiré después que yo la oviere arrodada».

Miércoles 17 de octubre.—«A mediodía partí de la población adonde yo estava surgido y adonde tomé agua para ir rodear esta isla Fernandina, y el viento era sudueste y sur. Y como mi voluntad fuese de seguir esta costa desta isla adonde yo estava al Sueste, porque así se corre toda Nornorueste y Sursueste y quería llevar el dicho camino del Sur y Sueste, porque aquella parte todos estos indios que traigo y otros de quien ove señas en esta parte del Sur a la isla a que ellos llaman Samoet, adonde es el oro, y Martín Alonso Pinçón, capitán de la caravela Pinta, en la cual yo mandé a tres destes indios, vino a mí y me dixo que uno de ellos muy certificadamente le avía dado a entender que por la parte del Nornorueste muy más presto arrodearía la isla, yo vide que el viento no me ayudava por el camino que yo quería llevar y era bueno por el otro. Di la vela al Nornorueste y, cuando fue acerca del cabo de la isla, a dos leguas, hallé un muy maravilloso puerto con una boca, aunque dos bocas se le puede dezir, porque tiene un isleo en medio y son ambas muy angostas y dentro muy ancho para cien navíos si fuera fondo y limpio y fondo al entrada. Pareciome razón del ver bien y sondear, y así surgí fuera de él y fui en él con todas las barcas de los navíos y vimos que no avía fondo. Y porque pensé cuando yo le vi que era boca de algún río, avía mandado llevar barriles para tomar agua, y en tierra hallé unos ocho o diez hombres que luego vinieron a nos y nos amostraron muy cerca la población, adonde yo embié la gente por agua, una parte con armas, otros con barriles, y así la tomaron. Y porque era lexuelos, me detuve por espacio de dos oras.

En este tiempo anduve así por aquellos árboles, que eran la cosa más fermosa de ver que otra que se aya visto, veyendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en el Andaluzía. Y los árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche, y así las frutas y así las yervas y las piedras y todas las cosas. Verdad es que algunos árboles eran de

la naturaleza de otros que ay en Castilla. Por ende avía muy gran diferencia y los otros árboles de otras maneras eran tantos que no ay persona que lo pueda dezir ni asemejar a otros en Castilla. La gente toda era una con los otros ya dichos, de las mismas condiciones, y así desnudos y de la misma estatura, y davan de lo que tenían por cualquiera cosa que les diesen. Y aquí vide que unos moços de los navíos les trocaron azagayas por unos pedaçuelos de escudillas rotas y de vidro, y los otros que fueron por el agua me dixeron cómo avían estado en sus casas y que eran dentro muy barridas y limpias, y sus camas y paramentos de cosas que son como redes de algodón. Ellas, las casas, son todas a manera de alfaneques y muy altas y buenas chimeneas, mas no vide entre muchas poblaciones que yo vide ninguna que pasasse de doze hasta quinze casas.

Aquí fallaron que las mugeres casadas traían bragas de algodón, las moças no, sino salvo algunas que eran ya de edad de diez y ocho años. Y aí avía perros mastines y branchetes, y aí fallaron uno que avía al nariz un pedaço de oro que sería como la mitad de un castellano, en el cual vieron letras. Reñí yo con ellos porque no se lo resgataron y dieron quanto pedía, por ver qué era y cúa esta moneda era, y ellos me respondieron que nunca se lo osó resgatar. Después de tomada la agua bolví a la nao y di la vela y salí al Norueste tanto que yo descubrí toda aquella parte de la isla hasta la costa que se corre Leste Güeste, y después todos estos indios tornaron a dezir que esta isla era más pequeña que no la isla Samoet y que sería bien bolver atrás por ser en ella más presto. El viento allí luego más calmo y començó a ventar güesnorueste, el cual era contrario para donde avíamos venido, y así tomé la buelta y navegué toda esta noche pasada al Lestesueste, y cuando al Leste todo, cuándo al Sueste, y esto para apartarme de la tierra, porque hazía muy gran cerrazón y el tiempo muy cargado. Él era poco y no me dexó llegar a tierra a surgir. Así que esta noche llovió muy fuerte después de medianoche hasta cuasi el día, y aún está nublado para llover, y nos, al cabo de la isla de la parte del Sueste, adonde espero surgir fasta que aclarezca para ver las otras islas adonde tengo de ir. Y así todos estos días, después que en estas Indias estoy, ha llovido poco o mucho. Crean vuestras al-

tezas que es esta tierra la mejor e más fértil y temperada y llana que aya en el mundo».

Jueves 18 de octubre.—«Después que aclarció seguí el viento y fui en derredor de la isla cuanto pude, y surgí al tiempo que ya no era de navegar; mas no fui en tierra y, en amaneciendo, di la vela».

Viernes 19 de octubre.—«En amaneciendo levanté las anclas y envié la caravela Pinta al Leste y Sueste y la caravela Niña al Sursueste, y yo con la nao fui al Sueste y dado orden que llevasen aquella buelta fasta mediodía y después que ambas se mudasen las derrotas y se recogieran para mí. Y luego, antes que andásemos tres oras, vimos una isla al Leste sobre la cual descargamos. Y llegamos a ella todos tres los navíos antes de mediodía a la punta del Norte, adonde haze un isleo y una restinga de piedra fuera de él al Norte y otro entre él y la isla grande, la cual anombraron estos hombres de San Salvador, que yo traigo la isla Saomete, a la cual puse nombre la Isabela. El viento era norte y quedava el dicho isleo en derrota de la isla Fernandina, de adonde yo avía partido Leste Güeste. Y se corría después la costa desde el isleo al Güeste y avía en ella doze leguas fasta un cabo, y aquí yo llamé el Cabo Hermoso, que es de la parte del Güeste. Y así es fermoso, redondo y muy fondo, sin baxas fuera de él, y al comienço es de piedra y baxo y más adentro es playa de arena como cuasi la dicha costa es. Y así surgi esta noche viernes hasta la mañana.

Esta costa toda y la parte de la isla que yo vi es toda cuasi playa y la isla, la más fermosa isla que yo vi, que si las otras son muy hermosas, esta es más. Es de muchos árboles y muy verdes y muy grandes. Y esta tierra es más alta que las otras islas falladas, y en ella algún altillo, no que se le puede llamar montaña, mas cosa que afermosea lo otro y parece de muchas aguas allá al medio de la isla. Desta parte al Nordeste haze una grande angla y ha muchos arboledos y muy espesos y muy grandes. Yo quise ir a surgir en ella para salir a tierra y ver tanta fermosura, mas era el fondo baxo y no podía surgir salvo largo de tierra, y el viento era muy bueno para venir a este cabo, adonde yo surgí agora, al cual puse nombre Cabo Fermoso, porque así lo es. Y así no surgí en aquella angla y aun porque

vide este cabo de allá tan verde y tan hermoso, así como todas las otras cosas y tierras destas islas que yo no sé adónde me vaya primero ni me sé cansar los ojos de ver tan hermosas verduras y tan diversas de las nuestras. Y aun creo que ha en ellas muchas yervas y muchos árboles que valen mucho en España para tinturas y para medicinas de especería, mas yo no los conozco, de que llevo grande pena.

Y llegando yo aquí a este cabo vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo. De mañana, antes que yo de aquí vaya, iré en tierra a ver qué es aquí en el cabo. No es la población salvo allá más dentro, adonde dizen estos hombres que yo traigo que está el rey y que trae mucho oro. Y yo de mañana quiero ir tanto avante que halle la población y vea o aya lengua con este rey que, según estos dan las señas, él señorea todas estas islas comarcanas y va vestido y trae sobre sí mucho oro, aunque no doy mucha fe a sus dezires, así por no los entender yo bien como en conocer que ellos son tan pobres de oro que cualquiera poco que este rey traiga les parece a ellos mucho. Este a qui yo digo Cabo Feroso, creo que es isla apartada de Saometo, y aún ay ya otra entremedias pequeña. Yo no curo así de ver tanto por menudo, porque no lo podría fazer en cincuenta años, porque quiero ver y descubrir lo más que yo pudiere para bolver a vuestras altezas, a Nuestro Señor aplaziendo, en abril. Verdad es que, fallando adónde aya oro o especería en cantidad, me deterné fasta que yo aya de ello cuanto pudiere, y por esto no fago sino andar para ver de topar en ello».

Sábado 20 de octubre.—«Oy, al sol salido, levanté las anclas de donde yo estava con la nao surgido en esta isla de Saometo al cabo del Sudueste, adonde yo puse nombre al Cabo de la Laguna y, a la isla, la Isabel, para navegar al Nordeste y al Leste de la parte del Sueste y Sur, adonde entendí destes hombres que yo traigo que era la población y el rey de ella. Y fallé todo tan baxo el fondo que no pude entrar ni navegar a ella, y vide que siguiendo el camino del Sudueste era muy gran rodeo y por esto determiné de me bolver por el camino que yo avía traído del Nornordeste de la parte del Güeste y rodear esta isla para aí. Y el viento me fue tan escaso que yo nunca pude aver la tierra

al longo de la costa, salvo en la noche. Y, porque es peligro surgir en estas islas, salvo en el día que se vea con el ojo adónde se echa el ancla, porque es todo manchas, una de limpio y otra de no, yo me puse a temporejar a la vela toda esta noche del domingo. Las caravelas surgieron porque se hallaron en tierra temprano y pensaron que a sus señas, que eran costumbradas de hazer, iría a surgir, mas no quise».

Domingo 21 de octubre.—«A las diez oras llegué aquí, a este cabo del isleo y surgí, y asimismo las caravelas. Y después de aver comido fui en tierra, adonde aquí no avía otra población que una casa, en la cual no fallé a nadie, que creo que con temor se avían fugido, porque en ella estaban todos sus adereços de casa. Yo no les dexé tocar nada, salvo que me salí con estos capitanes y gente a ver la isla, que si las otras ya vistas son muy fermosas y verdes y fértiles, esta es mucho más y de grandes arboledos y muy verdes. Aquí es unas grandes lagunas y, sobre ellas y a la rueda, es el arbolado en maravilla. Y aquí y en toda la isla son todos verdes y las yervas como en el abril en el Andaluzía, y el cantar de los paxaritos, que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos que ascorecen el sol, y aves y paxaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla. Y después ha árboles de mil maneras y todos de su manera fruto, todos güelen que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los conocer, porque soy bien cierto que todos son cosa de valía y de ellos traigo la demuestra y asimismo de las yervas.

Andando así en cerco de una destas lagunas vide una sierpe, la cual matamos y traigo el cuero a vuestras altezas. Ella, como nos vido se echó en la laguna y nos le seguimos dentro, porque no era muy fonda, fasta que con lanças la matamos. Es de siete palmos en largo, creo que destas semejantes ay aquí en estas lagunas muchas. Aquí conocí del lignáloe y mañana he determinado de hazer traer a la nao diez quintales, porque me dizen que vale mucho. También andando en busca de muy buena agua fuimos a una población aquí cerca, adonde estoy surto media legua, y la gente de ella, como nos sintieron, dieron todos a fugir y dexaron las casas y escondieron su

ropa y lo que tenían por el monte. Yo no dexé tomar nada, ni la valía de un alfilel. Después se llegaron a nos unos hombres de ellos y uno se llegó aquí. Yo di unos cascaveles y unas cuentezillas de vidro y quedó muy contento y muy alegre, y por que la amistad creciese más y los requiriese algo, le hize pedir agua y ellos, después que fui en la nao, vinieron luego a la playa con sus calabazas llenas y folgaron mucho de dárnosla. Y yo les mandé dar otro ramalejo de cuentezillas de vidro y dixeron que de mañana vernían acá. Yo quería henchir aquí toda la vasija de los navíos de agua, por ende, si el tiempo me da lugar, luego me partiré a rodear esta isla fasta que yo aya lengua con este rey y ver si puedo aver de él oro, que oyo que trae, y después partir para otra isla grande mucho, que creo que deve ser Cipango, según las señas que me dan estos indios que yo traigo, a la cual ellos llaman Colba, en la cual dizen que ha naos y mareantes mucho y muy grandes, y desta isla otra que llaman Bofio, que también dizen que es muy grande. Y a las otras que son entremedio veré así de pasada y, según que yo fallare recaudo de oro o especería, determinaré lo que he de fazer. Mas toda vía, tengo determinado de ir a la tierra firme y a la ciudad de Quisay y dar las cartas de vuestras altezas al Gran Can y pedir respuesta y venir con ella».

Lunes 22 de octubre.—«Toda esta noche y oy estuve aquí aguardando si el rey de aquí o otras personas traherían oro o otra cosa de sustancia, y vinieron muchos desta gente, semejantes a los otros de las otras islas, así desnudos y así pintados de ellos de blanco, de ellos de colorado, de ellos de prieto y así de muchas maneras. Traían azagayas y algunos ovillos de algodón a resgatar, el cual trocavan aquí con algunos marineros por pedaços de vidro, de taças quebradas y por pedaços de escudillas de barro. Algunos de ellos traían algunos pedaços de oro colgado al nariz, el cual de buena gana davan por un cascavel destes de pie de gabilano y por cuentezillas de vidro, mas es tan poco que no es nada. Que es verdad que qualquiera poca cosa que se les dé, también tenían a gran maravilla nuestra venida y creían que éramos venidos del cielo. Tomamos agua para los navíos en una laguna que aquí está acerca del cabo del isleo, que así ha nombre. Y en la dicha laguna,

Martín Alonso Pinçón, capitán de la Pinta, mató otra sierpe tal como la otra de ayer de siete palmos, y fize tomar aquí del liñáloe cuanto se falló».

Martes 23 de octubre.—«Quisiera oy partir para la isla de Cuba, que creo que deve ser Cipango, según las señas que dan esta gente de la grandeza de ella y riqueza, y no me deterné más aquí ni esta isla alrededor para ir a la población, como tenía determinado, para aver lengua con este rey o señor, que es por no me detener mucho, pues veo que aquí no ay mina de oro, y al rodear destas islas ha menester muchas maneras de viento, y no vienta así como los hombres querrían. Y pues es de andar a donde aya trato grande, digo que no es razón de se detener, salvo ir a camino y calar mucha tierra fasta topar en tierra muy provechosa, aunque mi entender es que esta sea muy provechosa de especería, mas que yo no la conozco, que llevo la mayor pena del mundo, que veo mill maneras de árboles que tienen cada uno su manera de fruta y verde agora como en España en el mes de mayo y junio, y mill maneras de yervas asimesmo con flores, y de todo no se conoció salvo este liñáloe de que oy mandé también traer a la nao mucho para llevar a vuestras altezas. Y no dado ni doy la vela para Cuba porque no ay viento, salvo calma muerta, y llueve mucho. Y llovió ayer mucho sin hazer ningún frío, antes el día haze calor y las noches temperadas como en mayo en España en el Andalucía».

Miércoles 24 de octubre.—«Esta noche a medianoche levanté las anclas de la isla Isabela del cabo del isleo, que es de la parte del Norte, adonde yo estava posado para ir a la isla de Cuba, adonde oí desta gente que era muy grande y de gran trato y avía en ella oro y especerías y naos grandes y mercaderes, y me amostró que al Güesudueste iría a ella. Y yo así lo tengo, porque creo que sí es así, como por señas que me hizieron todos los indios destas islas y aquellos que llevo yo en los navíos, porque por lengua no los entiendo, es la isla de Cipango, de que se cuentan cosas maravillosas, y en las esferas que yo vi y en las pinturas de mapamundos es ella en esta comarca. Y así navegué fasta el día al Güesudueste, y amaneciendo calmó el viento y llovió, y así casi toda la noche. Y estuve así con poco

viento fasta que pasava de mediodía y entonces tornó a ventar muy amoroso, y llevaba todas mis velas de la nao: maestra y dos bonetas y triquete y cebadera y mezana y vela de gabia, y el batel por popa. Así anduve el camino fasta que anocheció y entonces me quedava el Cabo Verde de la isla Fernandina, el cual es de la parte de Sur a la parte de Güeste. Me quedava al Norueste y hazia de mí a él siete leguas. Y porque ventava ya rezió y no sabía yo cuánto camino oviese fasta la dicha isla de Cuba, y por no la ir a demandar de noche, porque todas estas islas son muy fondas a no hallar fondo todo en derredor salvo a tiro de dos lombardas, y esto es todo manchado un pedaço de roquedo y otro de arena, y por esto no se puede seguramente surgir salvo a vista de ojo. Y por tanto acordé de amainar las velas todas, salvo el triquete, y andar con él. Y de a un rato crecía mucho el viento y hazía mucho camino de que dudava, y era muy gran cerrazón y llovía. Mandé amainar el triquete y no anduvimos esta noche dos leguas, etc.».

Jueves 25 de octubre.—Navegó después del sol salido al Güeste Sudueste hasta las nueve oras. Andarían cinco leguas. Después mudó el camino al Güeste. Andavan ocho millas por ora hasta la una después de mediodía y de allí hasta las tres, y andarían cuarenta y cuatro millas. Entonces vieron tierra, y eran siete o ocho islas, en luengo todas de Norte a Sur, distavan de ellas cinco leguas, etc.

Viernes 26 de octubre.—Estuvo de las dichas islas de la parte del Sur. Era todo baxo cinco o seis leguas, surgió por allí. Dixerón los indios que llevaba que avía de ellas a Cuba andadura de día y medio con sus almadías, que son navetas de un madero adonde no llevan vela. Estas son las canoas. Partió de allí para Cuba, porque por las señas que los indios le davan de la grandeza y del oro y perlas de ella, pensava que era ella, conviene a saber, Cipango.

Sábado 27 de octubre.—Levantó las anclas salido el sol, de aquellas islas, que llamó las islas de arena por el poco fondo que tenían de la parte del Sur hasta seis leguas. Anduvo ocho millas por ora hasta la una del día al Sursudueste, y avrían andado cuarenta millas, y hasta la noche andarían veintiocho millas al mesmo camino, y antes de noche vieron tierra. Estuvie-

ron la noche al reparo con mucha lluvia que llovió. Anduvieron el sábado fasta el poner del sol diez y siete leguas al Sursudueste.

Domingo 28 días de octubre.—Fue de allí en demanda de la isla de Cuba al Sursudueste, a la tierra de ella más cercana, y entró en un río muy hermoso y muy sin peligro de baxas ni otros inconvenientes. Y toda la costa que anduvo por allí era muy hondo y muy limpio fasta tierra: tenía la boca del río doze braças y es bien ancha para barloventear. Surgió dentro, dizque a tiro de lombarda. Dize el almirante que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles, todo cercado el río, fermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con su fruto, cada uno de su manera. Aves muchas y paxaritos que cantavan muy dulcemente, avía gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras, de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas, la tierra muy llana. Saltó el almirante en la barca y fue a tierra, y llegó a dos casas que creyó ser de pescadores y que con temor se huyeron, en una de las cuales halló un perro que nunca ladró, y en ambas casas halló redes de hilo de palma y cordeles y anzuelo de cuerno y figas de güeso y otros aparejos de pescar y muchos huegos dentro, y creyó que en cada una casa se ayuntan muchas personas. Mandó que no se tocase en cosa de todo ello y así se hizo. La yerva era grande, como en el Andaluzía por abril y mayo. Halló verdolagas muchas y bledos. Tornose a la barca y anduvo por el río arriba un buen rato y era, dizque, gran plazer ver aquellas verduras y arboledas, y de las aves que no podía dexallas para se bolver.

Dize que es aquella isla la más hermosa que ojos ayan visto, llena de muy buenos puertos y ríos hondos y la mar que parecía que nunca se devía de alçar porque la yerva de la playa llegava hasta cuasi el agua, lo cual no suele llegar donde la mar es brava. Hasta entonces no avía experimentado en todas aquellas islas que la mar fuese brava. La isla dize que es llena de montañas muy hermosas, aunque no son muy grandes en longura, salvo altas, y toda la otra tierra es alta de la manera de Cecilia. Llena es de muchas aguas, según pudo entender de los

indios que consigo lleva, que tomó en la isla de Guanahaní, los cuales le dizen por señas que ay diez ríos grandes y que con sus canoas no la pueden cercar en veinte días. Cuando iba a tierra con los navíos, salieron dos almadías o canoas y, como vieron que los marineros entravan en la barca y remavan para ir a ver el fondo del río para saber dónde avían de surgir, huyeron las canoas. Dezían los indios que en aquella isla avía minas de oro y perlas, y vido el almirante lugar apto para ellas y almejas, que es señal de ellas, y entendía el almirante que allí venían naos del Gran Can, y grandes, y que de allí a tierra firme avía jornada de diez días. Llamó el almirante aquel río y puerto de San Salvador.

Lunes 29 de octubre.—Alçó las anclas de aquel puerto y navegó al Poniente para ir dizque a la ciudad donde le parecía que le dezían los indios que estava aquel rey. Una punta de la isla le salía a Norueste seis leguas de allí, otra punta le salía al Leste diez leguas. Andada otra legua, vido un río no tan grande de entrada, al cual puso nombre el río de la Luna, anduvo hasta ora de bísperas. Vido otro río muy más grande que los otros y así se lo dixerón por señas los indios, y acerca de él vido buenas poblaciones de casas, llamó al río el río de Mares. Embió dos barcas a una población por aver lengua y a una de ellas un indio de los que traía, porque ya los entendían algo y mostravan estar contentos con los cristianos, de los cuales todos los hombres y mugeres y criaturas huyeron desamparando las casas con todo lo que tenían, y mandó el almirante que no se tocasse en cosa. Las casas dizque eran ya más hermosas que las que avía visto y creía que cuanto más se allegase a la tierra firme serían mejores. Eran hechas a manera de alfaneges, muy grandes, y parecían tiendas en real, sin concierto de calles sino una acá y otra acullá y de dentro muy barridas y limpias y sus adereços muy compuestos. Todas son de ramos de palma muy hermosos. Hallaron muchas estatuas en figura de mugeres y muchas cabeças en manera de carantoña, muy bien labradas. No sé si esto tienen por hermosura e adoran en ellas.

Avía perros que jamás ladraron, avía avezitas salvajes manas por sus casas; avía maravillosos adereços de redes y anzuelos y artificios de pescar. No le tocaron en cosa de ello. Creyó

que todos los de la costa devían de ser pescadores que llevan el pescado la tierra dentro, porque aquella isla es muy grande y tan hermosa que no se hartava dezir bien de ella. Dize que halló árboles y frutas de muy maravilloso sabor; y dize que deve aver vacas en ella y otros ganados, porque vido cabeças en hueso que le parecieron de vaca. Aves y paxaritos y el cantar de los grillos en toda la noche con que se holgavan todos, los aires sabrosos y dulces de toda la noche, ni frío ni caliente. Mas por el camino de las otras islas en aquellas dizque hazía gran calor y allí no, salvo templado como en mayo. Atribuye el calor de las otras islas por ser muy llanas y por el viento que traían hasta allí ser levante y por eso cálido. El agua de aquellos ríos era salada a la boca, no supieron de donde bevían los indios, aunque tenían en sus casas agua dulce. En este río podían los navíos voltejar para entrar y para salir, y tiene muy buenas señas o marcas: tiene siete u ocho braças de fondo a la boca y dentro cinco. Toda aquella mar dize que le parece que deve ser siempre mansa como el río de Sevilla y el agua aparejada para criar perlas. Halló caracoles grandes, sin sabor, no como los de España. Señala la disposición del río y del puerto que arriva dixo y nombró San Salvador, que tiene sus montañas hermosas y altas como la Peña de los Enamorados, y una de ellas tiene encima otro montezillo a manera de una hermosa mezquita. Estotro río y puerto en que agora estava tiene de la parte del Sueste dos montañas así redondas y de la parte del Güeste Norueste un hermoso cabo llano que sale fuera.

Martes 30 de octubre.—Salió del río de Mares al Norueste y Vido cabo lleno de palmas y púsole Cabo de Palmas, después de aver andado quinze leguas. Los indios que ivan en la caravela Pinta dixeron que detrás de aquel cabo avía un río y del río a Cuba avía cuatro jornadas. Y dixo el capitán de la Pinta que entendía que esta Cuba era ciudad y que aquella tierra era tierra firme muy grande que va mucho al Norte y que el rey de aquella tierra tenía guerra con el Gran Can, al cual ellos llamavan Cami y a su tierra o ciudad Faba y otros muchos nombres. Determinó el almirante de llegar a aquel río y embiar un presente al rey de la tierra y embiarle la carta de los reyes, y para ella tenía un marinero que avía andado en Guinea en lo

mismo y ciertos indios de Guanahaní que querían ir con él, con que después los tornasen a su tierra. Al parecer del almirante distaba de la línea equinocial cuarenta y dos grados hacia la banda del Norte, si no está corrupta la letra de donde trasladé esto, y dize que avía de trabajar de ir al Gran Can, que pensava que estava por allí, o a la ciudad de Catay, que es del Gran Can, que dize que es muy grande, según le fue dicho antes que partiese de España. Toda aquesta tierra dize ser baxa y hermosa y fonda la mar.

Miércoles 31 de octubre.—Toda la noche martes anduvo barloventeando y vido un río donde no pudo entrar por ser baxa la entrada, y pensaron los indios que pudieran entrar los navíos como entran sus canoas. Y navegando adelante, halló un cabo que salía muy fuera y cerca de baxos, y vido una concha o baía donde podían estar navíos pequeños y no lo pudo encabgar porque el viento se avía tirado del todo al Norte y toda la costa se corría al Nornorueste y Sueste, y otro cabo que vido adelante le salía más afuera. Por esto y porque el cielo mostrava de ventar rezio se ovo de tornar al río de Mares.

Jueves 1 de noviembre.—En saliendo el sol embió el almirante las barcas a tierra a las casas que allí estavan y hallaron que era toda la gente huida, y desde a buen rato pareció un hombre y mandó el almirante que lo dexasen asegurar, y bolviéronse las barcas. Y después de comer tornó a embiar a tierra uno de los indios que llevaba, el cual desde lexos le dio bozes diziendo que no oviesen miedo porque era buena gente y no hazían mal a nadie ni eran del Gran Can, antes davan de lo suyo en muchas islas que avían estado. Y echose a nadar el indio y fue a tierra, y dos de los de allí lo tomaron de braços y lleváronlo a una casa donde se informaron de él. Y como fueron ciertos que no se les avía de hazer mal, se aseguraron y vinieron luego a los navíos más de diez y seis almadías o canoas con algodón hilado y otras cosillas suyas, de las cuales mandó el almirante que no se tomase nada, porque supiesen que no buscava el almirante salvo oro a que ellos llaman nucay.

Y así en todo el día anduvieron y vinieron de tierra a los navíos, y fueron de los cristianos a tierra muy seguramente. El almirante no vido a algunos de ellos oro, pero dize el almiran-

te que vido a uno de ellos un pedaço de plata labrado colgado a la nariz, que tuvo por señal que en la tierra avía plata. Dixerón por señas que antes de tres días vernían muchos mercaderes de la tierra adentro a comprar de las cosas que allí llevan los cristianos y darían nuevas del rey de aquella tierra, el cual, según se pudo entender por las señas que davan, que estava de allí quatro jornadas, porque ellos avían embiado muchos por toda la tierra a le hazer saber del almirante. «Esta gente, dize el almirante, es de la misma calidad y costumbre de los otros hallados, sin ninguna secta que yo conozca, que fasta oy aquestos que traigo no e visto hazer ninguna oración, antes dizen la Salve y el Ave María con las manos al cielo como le amuestran y hazen la señal de la cruz. Toda la lengua también es una y todos amigos, y creo que sean todas estas islas y que tengan guerra con el Gran Can, a que ellos llaman Cavila y a la provincia Bafan. Y así andan también desnudos como los otros». Esto dize el almirante. El río dize que es muy hondo y en la boca pueden llegar los navíos con el bordo hasta tierra; no llega el agua dulce a la boca con una legua, y es muy dulce. «Y es cierto, dize el almirante, que esta es la tierra firme y que estoy, dize él, ante Zaito y Quinsay, cien leguas poco más o poco menos lexos de lo uno y de lo otro, y bien se amuestra por la mar que viene de otra suerte que fasta aquí no ha venido y ayer, que iba al Norueste, fallé que hazía frío.

Viernes 2 de noviembre.—Acordó el almirante embiar dos hombres españoles: el uno se llamava Rodrigo de Jerez, que bivía en Ayamonte, y el otro era un Luis de Torres, que avía bivido con el adelantado de Murcia y avía sido judío y sabía, dize que, hebraico y caldeo y aun algo arávigo. Y con estos embió dos indios, uno de los que consigo traía de Guanahaní y el otro de aquellas casas que en el río estavan poblados. Dioles sartas de cuentas para comprar de comer si les faltase y seis días de término para que bolviesen. Dioles muestras de especería para ver si alguna de ella topasen. Dioles instrucción de cómo avían de preguntar por el rey de aquella tierra y lo que le avían de hablar de parte de los reyes de Castilla, cómo embiavan al almirante para que les diese de su parte sus cartas y un presente y para saber de su estado y cobrar amistad con él

y favorecelle en lo que oviese de ellos menester, etc., y que supiesen de ciertas provincias y puertos y ríos de que el almirante tenía noticia y cuánto distavan de allí, etc. Aquí tomó el almirante el altura con un cuadrante esta noche y halló que estaba cuarenta y dos grados de la línea equinocial, y dize que por su cuenta halló que avía andado desde la isla del Hierro mill y ciento y cuarenta y dos leguas, y todavía afirma que aquella es tierra firme.

Sábado 3 de noviembre.—En la mañana entró en la barca el almirante y, porque haze el río en la boca un gran lago, el cual haze un singularísimo puerto muy hondo y limpio de piedras, muy buena playa para poner navíos a monte y mucha leña, entró por el río arriba hasta llegar al agua dulce, que sería cerca de dos leguas, y subió en un montezillo por descubrir algo de la tierra y no pudo ver nada por las grandes arboledas, las cuales eran muy frescas, odoríferas, por lo cual dize no tener duda que no aya yervas aromáticas. Dize que todo era tan hermoso lo que vía, que no podía cansar los ojos de ver tanta lindeza y los cantos de las aves y paxaritos. Vinieron en aquel día muchas almadías o canoas a los navíos a resgatar cosas de algodón filado y redes en que dormían, que son hamacas.

Domingo 4 de noviembre.—Luego en amaneciendo entró el almirante en la barca y salió a tierra a caçar de las aves que el día antes avía visto. Después de buuelto, vino a él Martín Alonso Pinçón con dos pedaços de canela y dixo que un portugués que tenía en su navío avía visto a un indio que traía dos manojos de ella grandes, pero que no se la osó resgatar por la pena que el almirante tenía puesta que nadie resgatase. Dezia más: que aquel indio traía unas cosas bermejas como nuezes. El contra maestre de la Pinta dixo que avía hallado árboles de canela. Fue el almirante luego allá y halló que no eran. Mostró el almirante a unos indios de allí canela y pimienta —parez que de la que llevaba de Castilla para muestra— y conocieronla, dizque, y dixeron por señas que cerca de allí avía mucho de aquello al camino del Sueste. Mostroles oro y perlas y respondieron ciertos viejos que en un lugar que llamaron Bohío avía infinito y que lo traían al cuello y a las orejas y a los braços y a las piernas y también perlas. Entendió más, que de-

zían que avía naos grandes y mercaderías, y todo esto era al Sueste. Entendió también que lexos de allí avía hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían los hombres y que en tomando uno lo degollavan y le bevían la sangre y le cortavan su natura. Determinó de bolver a la nao el almirante a esperar los dos hombres que avía embiado para determinar de partirse a buscar aquellas tierras, si no truxesen aquellos alguna buena nueva de lo que deseavan. Dize más el almirante: esta gente es muy mansa y muy temerosa, desnuda, como dicho tengo, sin armas y sin ley. Estas tierras son muy fértiles, ellos las tienen llenas de mames, que son como çanahorias, que tienen sabor de castañas, y tienen faxones y favas muy diversas de las nuestras y mucho algodón, el cual no siembran y nace por los montes, árboles grandes y creo que en todo tiempo lo aya para coger, porque vi los cogujos abiertos y otros que se abrían y flores todo en un árbol, y otras mil maneras de frutas que me no es posible escrevir, y todo deve ser cosa provechosa. Todo esto dize el almirante.

Lunes 5 de noviembre.—En amaneziendo mandó poner la nao a monte y los otros navíos, pero no todos juntos, sino que quedasen siempre dos en el lugar donde estaban, por la seguridad, aunque dize que aquella gente era muy segura y sin temor se pudieran poner todos los navíos juntos en monte. Estando así vino el contramaestre de la Niña a pedir albricias al almirante porque avía hallado almáciga, mas no traía la muestra porque se le avía caído. Prometióselas el almirante y embió a Rodrigo Sánchez y a maestre Diego a los árboles y truxeron un poco de ella, la cual guardó para llevar a los reyes y también del árbol. Y dize que se conoció que era almáciga, aunque se ha de coger a sus tiempos, y que avía en aquella comarca para sacar mill quintales cada año. Halló dizque allí mucho de aquel palo que le pareció lignáloe. Dize más, que aquel puerto de Mares es de los mejores del mundo y mejores aires y más mansa gente y, porque tiene un cabo de peña altillo se puede hacer una fortaleza, para que, si aquello saliese rico y cosa grande, estarían allí los mercaderes seguros de cualquiera otras naciones. Y dize: Nuestro Señor, en cuyas manos están todas las victorias, adereza todo lo que fuere su servicio. Dizque dixo un indio por

señas que el almáciga era buena para cuando les dolía el estómago.

Martes 6 de noviembre.—Ayer en la noche, dize el almirante, vinieron los dos hombres que avía embiado a ver a la tierra dentro y le dixeron cómo avían andado doze leguas que avía hasta una población de cincuenta casas, donde dizque avría mill vezinos porque biven muchos en una casa. Estas casas son de manera de alfaneques grandísimos. Dixeron que los avían recibido con gran solemnidad, según su costumbre, y todos, así hombres como mugeres, los venían a ver, y aposentáronlos en las mejores casas, los cuales los tocavan y les besavan las manos y los pies, maravillándose y creyendo que venían del cielo, y así se lo davan a entender. Dávanles de comer de lo que tenían. Dixeron que en llegando los llevaron de braços los más honrados del pueblo a la casa principal y diéronles dos sillas en que se asentaron, y ellos todos se asentaron en el suelo en derredor de ellos. El indio que con ellos iba les notificó la manera de bivar de los cristianos y cómo eran buena gente. Después saliéronse los hombres y entraron las mugeres y sentáronse de la misma manera en derredor de ellos, besándoles las manos y los pies, atentándolos si eran de carne y de güeso como ellos. Rogávanles que se estuviesen allí con ellos al menos por cinco días. Mostraron la canela y pimienta y otras especias que el almirante les avía dado y dixéronles por señas que mucha de ella avía cerca de allí al Sueste, pero que en allí no sabían si la avía.

Visto cómo no tenían recaudo de ciudad, se bolvieron, y que, si quisieran dar lugar a los que con ellos se querían venir, que más de quinientos hombres y mugeres vinieran con ellos, porque pensaban que se bolvían al cielo. Vino empero con ellos un principal del pueblo y un su hijo y un hombre suyo. Habló con ellos el almirante, hízoles mucha honra, señalole muchas tierras e islas que avía en aquellas partes, pensó de traerlo a los reyes, y dizque no supo qué se le antojó, parez que de miedo, y de noche oscuro quísose ir a tierra. Y el almirante dizque porque tenía la nao en seco en tierra, no le queriendo enojar, le dexó ir, diciendo que en amaneciendo tornaría, el cual nunca tornó. Hallaron los dos cristianos por el camino mucha gente

que atravesava a sus pueblos, mugeres y hombres, con un tizón en la mano, yervas para tomar sus sahumerios que acostumbravan. No hallaron población por el camino de más de cinco casas y todos les hazían el mismo acatamiento. Vieron muchas maneras de árboles y yervas y flores odoríferas. Vieron aves de muchas maneras diversas de las de España, salvo perdizes y ruiseñores que cantavan y ánsares, que destos ay allí hartos; bestias de cuatro pies no vieron, salvo perros que no ladravan. La tierra muy fértil y muy labrada de aquellos mames y faxoes y havas muy diversas de las nuestras; eso mismo panizo y mucha cantidad de algodón cogido y filado y obrado, y que en una sola casa avían visto más de quinientas arrovvas y que se pudiera aver allí cada año cuatro mill quintales. Dize el almirante que le parecía que no lo sembravan y que da fruto todo el año: es muy fino, tiene el capillo grande. Todo lo que aquella gente tenía dizque dava por muy vil prezio, y que una gran espuerta de algodón dava por cabo de agujeta o otra cosa que se le dé.

Son gente, diz el almirante, muy sin mal ni de guerra, desnudos todos, hombres y mugeres, como sus madres los parió. Verdad es que las mugeres traen una cosa de algodón solamente tan grande que le cobija su natura y no más. Y son ellas de muy buen acatamiento, ni muy negras, salvo menos que canarias. «Tengo por dicho, serenísimos príncipes —dize aquí el almirante— que sabiendo la lengua dispuesta suya personas devotas religiosas, que luego todos se tornarían cristianos. Y así espero en Nuestro Señor que vuestras altezas se determinarán a ello con mucha diligencia para tornar a la iglesia tan grandes pueblos y los convertirán, así como han destruido aquellos que no quisieron confesar el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Y después de sus días, que todos somos mortales, dexarán sus reinos en muy tranquilo estado y limpios de heregía y maldad, y serán bien recibidos delante el Eterno Criador, al cual plega de les dar larga vida y acrecentamiento grande de mayores reinos y señoríos y voluntad y disposición para acrecentar la santa religión cristiana, así como hasta aquí tienen fecho, amén.

Oy tiré la nao de monte y me despacho para partir el jueves en nombre de Dios e ir al Sueste a buscar del oro y especerías

y descubrir tierra». Estas todas son palabras del almirante, el cual pensó partir el jueves, pero, porque le hizo el viento contrario, no pudo partir hasta doze días de noviembre.

Lunes 12 de noviembre.—Partió del puerto y río de Mares al rendir del cuarto de alba para ir a una isla que mucho afirmaban los indios que traía, que se llamava Baveque, adonde, según dizen por señas, que la gente de ella coge el oro con candelas de noche en la playa y después con martillo dizque hazían vergas de ello, y para ir a ella era menester poner la proa al Leste cuarta del Sueste. Después de aver andado ocho leguas por la costa delante, halló un río y dende andadas otras cuatro halló otro río que parecía muy caudaloso y mayor que ninguno de los otros que avía hallado. No se quiso detener ni entrar en alguno de ellos por dos respectos: el uno y principal porque el tiempo y viento era bueno para ir en demanda de la dicha isla de Baveque, lo otro, porque si en él oviera alguna populosa o famosa ciudad cerca de la mar, se pareciera, y para ir por el río arriva eran menester navíos pequeños, lo que no eran los que llevaba. Y así se perdiera también mucho tiempo, y los semejantes ríos son cosa para descubrirse por sí.

Toda aquella costa era poblada mayormente cerca del río, a quien puso por nombre el río del Sol. Dixo que el domingo antes, onze de noviembre, le avía parecido que fuera bien tomar algunas personas de las de aquel río para llevar a los reyes por que aprendieran nuestra lengua, para saber lo que ay en la tierra y por que bolviendo sean lenguas de los cristianos y tomen nuestras costumbres y las cosas de la fe, «porque yo vi e conozco —dize el almirante— que esta gente no tiene secta ninguna ni son idólatras, salvo muy mansos y sin saber qué sea mal ni matar a otros ni prender, y sin armas y tan temerosos que a una persona de los nuestros fuyen ciento de ellos, aunque burle con ellos, y crédulos y conocedores que ay Dios en el cielo, e firmes que nosotros avemos venido del cielo, y muy presto a cualquiera oración que nos les digamos que digan y hazen el señal de la cruz. Así que deven vuestras altezas determinarse a los hazer cristianos, que creo que, si comiençan, en poco tiempo acabará de los aver convertido a nuestra santa fe multidumbre de pueblos y cobrando grandes

señoríos y riquezas y todos sus pueblos de la España, porque sin duda es en estas tierras grandísima suma de oro, que no sin causa dizen estos indios que yo traigo que ha en estas islas lugares adonde cavan el oro y lo traen al pescueço, a las orejas y a los braços y a las piernas, y son manillas muy gruesas, y también a piedras y a perlas preziosas y infinita especería.

Y en este río de Mares, de adonde partí esta noche, sin duda ha grandísima cantidad de almáciga y mayor si mayor se quisiere hazer, porque los mismos árboles plantándolos prenden de ligero y ha muchos y muy grandes y tienen la hoja como lentisco y el fruto, salvo que es mayor, así los árboles como la hoja, como dize Plinio, e yo he visto en la isla de Xío, en el archipiélago. Y mandé sangrar muchos destos árboles para ver si echarían resina para la traer y, como aya siempre llovido el tiempo que yo he estado en el dicho río, no he podido aver de ella, salvo muy poquita que traigo a vuestras altezas, y también puede ser que no es el tiempo para los sangrar, que esto creo que conviene al tiempo que los árboles comiençan a salir del invierno y quieren echar la flor, y acá ya tienen el fruto cuasi maduro agora. Y también aquí se avría grande suma de algodón y creo que se vendería muy bien acá sin le llevar a España, salvo a las grandes ciudades del Gran Can que se descubrirán sin duda y otras muchas de otros señores que avrán en dicha servir a vuestras altezas, y adonde se les darán de otras cosas de España y de las tierras de Oriente, pues estas son a nos en Poniente. Y aquí ha también infinito liñáloe, aunque no es cosa para hazer gran caudal, mas del almáciga es de entender bien, porque no la ha, salvo en dicha isla de Xío, y creo que sacan de ello bien cincuenta mill ducados, si mal no me acuerdo.

Y ha aquí, en la boca de dicho río, el mejor puerto que fasta oy vi, limpio e ancho e fondo y buen lugar y asiento para hazer una villa e fuerte, e que cualesquier navíos se puedan llegar el bordo a los muros, e tierra muy temperada y alta y muy buenas aguas. Así que ayer vino a bordo de la nao una almadía con seis mancebos, y los cinco entraron en la nao, estos mandé detener e los traigo. Y después embié a una casa que es de la parte del río del Poniente, y truxeron siete cabeças de mugeres entre chicas e grandes y tres niños. Esto hize porque

mejor se comportan los hombres en España aviendo mugeres de su tierra que sin ellas, porque ya otras muchas vezes se acaeció traer hombres de Guinea para que deprendiesen la lengua en Portugal y después que bolvían y pensavan de se aprovechar de ellos en su tierra por la buena compañía que le avían hecho y dádivas que se les avían dado, en llegando en tierra jamás parecían. Otros no lo hazían así. Así que, teniendo sus mugeres, ternán gana de negociar lo que se les encargare, y también estas mugeres mucho enseñarán a los nuestros su lengua, la cual es toda una en todas estas islas de India, y todos se entienden y todas las andan con sus almadías, lo que no han en Guinea, adonde es mill maneras de lenguas que la una no entiende la otra. Esta noche vino a bordo en una almadía el marido de una destas mugeres y padre de tres fijos, un macho y dos fembras, y dixo que yo le dexase venir con ellos, y a mí me aplogo mucho, y quedan agora todos consolados con él, que deven todos ser parientes, y él es ya hombre de cuarenta y cinco años». Todas estas palabras son formales del almirante. Dize también arriba que hazía algún frío, y por esto que no le fuera buen consejo en invierno navegar al Norte para descubrir. Navegó este lunes, hasta el sol puesto, diez y ocho leguas al Leste cuarta del Sueste hasta un cabo, a que puso por nombre el cabo de Cuba.

Martes 13 de noviembre.—Esta noche toda estuvo a la corda, como dizen los marineros, que es andar barloventeando y no andar nada, por ver un abra, que es una abertura de sierras como entre sierra y sierra, que le començó a ver al poner del sol, adonde se mostravan dos grandísimas montañas y parecía que se apartava la tierra de Cuba con aquella de Bohío, y esto dezían los indios que consigo llevavan, por señas. Venido el día claro, dio las velas sobre la tierra y pasó una punta que le pareció anoche obra de dos leguas, y entró en un grande golfo, cinco leguas al Sursudueste, y le quedavan otras cinco para llegar al cabo adonde, en medio de dos grandes montes, hazían un degollado, el cual no pudo determinar si era entrada de mar. Y porque deseava ir a la isla que llamavan Baveque, adonde tenía nueva, según él entendía, que avía mucho oro, la cual isla le salía al Leste, como no vido alguna grande población para

ponerse al rigor del viento que le crecía más que nunca hasta allí, acordó de hazerse a la mar y andar al Leste con el viento que era norte. Y andavan ocho millas cada ora y, desde las diez del día que tomó aquella derrota hasta el poner del sol, anduvo cincuenta y seis millas, que son catorze leguas al Leste, desde el cabo de Cuba. Y de la otra tierra de Bohío que le quedava a sotavento comenzando del cabo del sobredicho golfo, descubrió a su parecer ochenta millas, que son veinte leguas, y corríase toda aquella costa Lesueste y Güesnorueste.

Miércoles 14 de noviembre.—Toda la noche de ayer anduvo al reparo y barloventeando (porque dezía que no era razón de navegar entre aquellas islas de noche hasta que las oviese descubierta), porque los indios que traía le dixeron ayer martes que avría tres jornadas desde el río de Mares hasta la isla de Baveque, que se deve entender jornadas de sus almadías, que pueden andar siete leguas, y el viento también le escaseava, y aviendo de ir al Leste, no podía sino a la cuarta del Sueste, y por otros inconvenientes que allí refiere se ovo de detener hasta la mañana. Al salir del sol determinó de ir a buscar puerto, porque de Norte se avía mudado el viento al Nordeste y, si puerto no hallara, fuérale necesario bolver atrás a los puertos que dexava en la isla de Cuba. Llegó a tierra aviendo andado aquella noche veinticuatro millas al Leste cuarta del Sueste, anduvo al Sur [...] millas hasta tierra, adonde vio muchas entradas y muchas isletas y puertos y, porque el viento era mucho y la mar muy alterada, no osó acometer a entrar, antes corrió por la costa al Norueste cuarta del Güeste, mirando si avía puerto y vido que avía muchos, pero no muy claros.

Después de aver andado así sesenta y cuatro millas, halló una entrada muy honda, ancha un cuarto de milla, y buen puerto y río, donde entró y puso la proa al Sursudueste y después al sur hasta llegar al Sueste, todo de buena anchura y muy fondo, donde vido tantas islas que no las pudo contar todas, de buena grandeza y muy altas tierras, llenas de diversos árboles de mill maneras e infinitas palmas. Maravillose en gran manera ver tantas islas y tan altas, y certifica a los reyes que las montañas que desde antier ha visto por estas costas y las destas islas, que le parece que no las ay más altas en el mundo ni tan her-

mosas y claras, sin niebla ni nieve, y al pie de ellas grandísimo fondo. Y dize que cree que estas islas son aquellas innumerables que en los mapamundos en fin de Oriente se ponen. Y dixo que creía que avía grandísimas riquezas y piedras preciosas y especería en ellas, y que duran muy mucho al Sur y se ensanchan a toda parte. Púsoles nombre la mar de Nuestra Señora, y al puerto que está cerca de la boca de la entrada de las dichas islas puso puerto del Príncipe, en el cual no entró, mas de vello desde fuera hasta otra vuelta que dio el sábado de la semana venidera, como allí parecerá. Dize tantas y tales cosas de la fertilidad y hermosura y altura destas islas que halló en este puerto, que dize a los reyes que no se maravillen de encarecellas tanto, porque los certifica que cree que no dize la centésima parte: algunas de ellas que parecían que llegan al cielo y hechas como puntas de diamantes, otras que sobre su gran altura tienen encima como una mesa y al pie de ellas fondo grandísimo que podrá llegar a ellas una grandísima carraca, todas llenas de arboledas y sin peñas.

Jueves 15 de noviembre.—Acordó de andallas estas islas con las barcas de los navíos, y dize maravillas de ellas y que halló almáciga e infinito lignáloe, y algunas de ellas eran labradas de las raíces de que hazen su pan los indios, y halló aver encendido fuego en algunos lugares. Agua dulce no vido, gente avía alguna y huyeron. En todo lo que anduvo halló hondo de quinze y diez y seis braças, y todo basa, que quiere dezir que el suelo de abaxo es arena y no peñas, lo que mucho desean los marineros, porque las peñas cortan los cables de las anclas de las naos.

Viernes 16 de noviembre.—Porque en todas las partes, islas y tierras donde entravan, dexava siempre puesta una cruz, entró en la barca y fue a la boca de aquellos puertos y en una punta de la tierra halló dos maderos muy grandes, uno más largo que el otro y el uno sobre el otro, hechos una cruz, que dizque un carpintero no los pudiera poner más proporcionados. Y, adorada aquella cruz, mandó hazer de los mismos maderos una muy grande y alta cruz. Halló cañas por aquella playa que no sabía dónde nacían y creía que las traería algún río y las echava a la playa, y tenía en esto razón. Fue a una cala dentro de la entrada del puerto de la parte del Sueste (cala es una en-

trada angosta que entra el agua del mar en la tierra): allí había un alto de piedra y peña como cabo y el pie de él era muy fondo, que la mayor carraca del mundo pudiera poner el bordo en tierra, y avía un lugar o rincón donde podían estar seis navíos sin anclas como en una sala. Parecióle que se podía hacer allí una fortaleza a poca costa si en algún tiempo en aquella mar de islas resultase algún rescate famoso. Bolviéndose a la nao, halló los indios que consigo traía que pescaban caracoles muy grandes que en aquellas mares ay, y hizo entrar la gente allí e buscar si avía nácaras, que son las hostias donde se crían las perlas, y hallaron muchas, pero no perlas, y atribuyolo a que no debía de ser el tiempo de ellas, que creía él que era por mayo y junio. Hallaron los marineros un animal que parecía taso o taxo. Pescaron también con redes y hallaron un pece, entre otros muchos, que parecía proprio puerco, no como tonina, el cual dizque era todo concha muy tiesta y no tenía cosa blanda sino la cola y los ojos, y un agujero debaxo de ella para expeler sus superfluidades. Mandolo salar para llevar que lo viesen los reyes.

Sábado 17 de noviembre.—Entró en la barca por la mañana y fue a ver las islas que no avía visto, por la vanda del Sudueste. Vido muchas otras y muy fértiles y muy graciosas, y entre medio de ellas muy gran fondo: algunas de ellas dividían arroyos de agua dulce y creía que aquella agua y arroyos salían de algunas fuentes que manaban en los altos de las sierras de las islas. De aquí yendo adelante, halló una ribera de agua muy hermosa y dulce, y salía muy fría por lo enxuto de ella: avía un prado muy lindo y palmas muchas y altísimas más que las que avía visto. Halló nuezes grandes de las de India, creo que dizze, y ratones grandes de los de India también y cangrejos grandísimos. Aves vido muchas y olor vehemente de almizque, y creyó que lo debía de aver allí. Este día, de seis mancebos que tomó en el río de Mares, que mandó que fuesen en la caravela Niña, se huyeron los dos más viejos.

Domíngo 18 de noviembre.—Salió en las barcas otra vez con mucha gente de los navíos y fue a poner la gran cruz que avía mandado hazer de los dichos dos maderos a la boca de la entrada de dicho Puerto del Príncipe, en un lugar vistoso y des-

cubierto de árboles: ella muy alta y muy hermosa vista. Dize que la mar crece y decrece allí mucho más que en otro puerto de lo que por aquella tierra aya visto y que no es más maravilla por las muchas islas, y que la marea es al revés de las nuestras, porque allí la luna al Sudueste cuarta del Sur es baja mar en aquel puesto. No partió de aquí por ser domingo.

Lunes 19 de noviembre.—Partió antes que el sol saliese y con calma, y después al mediodía ventó algo al Leste y navegó al Nornordeste. Al poner del sol le quedava el Puerto del Príncipe al Sursudueste, y estaría de él siete leguas. Vido la isla de Baveque al Leste justo, de la cual estaría sesenta millas. Navegó toda esta noche al Nordeste, escaso andaría sesenta millas y hasta las diez del día martes otras doze, que son por todas diez y ocho leguas, y al Nordeste cuarta del Norte.

Martes 20 de noviembre.—Quedávanle el Baveque o las islas del Baveque al Lesueste, de donde salía el viento que llevava contrario. Y viendo que no se mudava y la mar se alterava, determinó de dar la vuelta al Puerto del Príncipe, de donde avían salido, que le quedava veinticinco leguas. No quiso ir a la isleta que llamó Isabela, que le estava doze leguas, que pudiera ir a surgir aquel día, por dos razones. La una porque vido dos islas al Sur, las quería ver; la otra porque los indios que traía, que avía tomado en Guanahaní, que llamó San Salvador, que estava ocho leguas de aquella Isabela, no se le fuesen, de los cuales dizque tiene necesidad y por traellos a Castilla, etc. Tenían dizque entendido que en hallando oro los avía el almirante de dexar tornar a su tierra. Llegó en pareja del Puerto del Príncipe, pero no lo pudo tomar porque era de noche y porque lo decayeron las corrientes al Norueste. Tornó a dar la vuelta y puso la proa al Nordeste con viento rezio, amansó y mudose el viento al tercero cuarto de la noche, puso la proa en el Leste cuarta del Nordeste: el viento era susueste y mudose al alva de todo en sur, y tocava en el sueste. Salido el sol marcó el Puerto del Príncipe, y quedávale al Sudueste y quasi a la cuarta del Güeste, y estaría de él a cuarenta y ocho millas, que son doze leguas.

Miércoles 21 de noviembre.—Al sol salido navegó al Leste con viento sur, anduvo poco por la mar contraria. Hasta oras de vis-

peras ovo andado veinticuatro millas, después se mudó el viento al Leste y anduvo al Sur cuarta del Sueste, y al poner del sol avía andado doze millas. Aquí se halló el almirante en cuarenta y dos grados de la línea equinocial a la parte del Norte, como en el puerto de Mares, pero aquí dize que tiene suspenso el cuadrante hasta llegar a tierra que lo adobe. Por manera que le parecía que no debía distar tanto, y tenía razón, porque no era posible como no estén estas islas sino en [...] grados. Para creer que el cuadrante andava bueno, le movía ver dizque el Norte tan alto como en Castilla y, si esto es verdad, mucho allegado y alto andava con la Florida, pero ¿dónde están luego agora estas islas que entre manos traía? Ayudava a esto que hazía dizque gran calor, pero claro es que, si estuviera en la costa de Florida, que no oviera calor sino frío. Y es también manifiesto que en cuarenta y dos grados en ninguna parte de la tierra se cree hazer calor si no fuese por alguna causa de *per accidens*, lo que hasta oy no creo yo que se sabe. Por este calor que allí el almirante dize que padecía, arguye que, en estas Indias y por allí donde andava, debía de aver mucho oro. Este día se apartó Martín Alonso Pinçón con la caravela Pinta, sin obediencia y voluntad del almirante, por cudicia, dizque pensando que un indio que el almirante avía mandado poner en aquella caravela le avía de dar mucho oro, y así se fue sin esperar, sin causa de mal tiempo, sino porque quiso. Y dize aquí el almirante: «Otras muchas me tiene hecho y dicho».

Jueves 22 de noviembre.—Miércoles en la noche navegó al Sur cuarta del Sueste con el viento Leste, y era cuasi calma. Al tercero cuarto ventó nornordeste. Todavía iva al Sur por ver aquella tierra que por allí le quedava y, cuando salió el sol, se halló tan lexos como el día pasado por las corrientes contrarias, y quedávale la tierra cuarenta millas. Esta noche Martín Alonso siguió el camino del Leste para ir a la isla de Baveque, donde dizen los indios que ay mucho oro, el cual iva a vista del almirante, y avría hasta él diez y seis millas. Anduvo el almirante toda la noche la vuelta de tierra y hizo tomar algunas de las velas y tener farol toda la noche, porque le pareció que venía hazia él, y la noche hizo muy clara y el ventizillo bueno para venir a él si quisiera.

Viernes 23 de noviembre.—Navegó el almirante todo el día hacia la tierra, al Sur siempre con poco viento y la corriente nunca le dexó llegar a ella, antes estava oy tan lexos de ella al poner del sol como en la mañana. El viento era lesnordeste y razonable para ir al Sur, sino que era poco, y sobre este cabo encavalsa otra tierra o cabo que va también al Leste, a quien aquellos indios que llevaba llamavan Bohío, la cual dezían que era muy grande y que avía en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamavan caníbales, a quien mostravan tener gran miedo. Y desque vieron que lleva este camino, dizque no podían hablar porque los comían y que son gente muy armada. El almirante dize que bien cree que avía algo de ello, mas que, pues eran armados, sería gente de razón, y creía que avrían captivado algunos y que, porque no bolvían a sus tierras, dirían que los comían. Lo mismo creían de los cristianos y del almirante al principio que algunos los vieron.

Sábado 24 de noviembre.—Navegó aquella noche toda y a la ora de tercia del día tomó la tierra sobre la isla llana, en aquel mismo lugar donde avía arribado la semana pasada cuando iba a la isla de Baveque. Al principio no osó llegar a la tierra, porque le pareció que aquella abra de sierras rompía la mar mucho en ella. Y en fin llegó a la mar de Nuestra Señora, donde avía las muchas islas, y entró en el puerto que está junto a la boca de la entrada de las islas, y dize que si él antes supiera este puerto y no se ocupara en ver las islas de la mar de Nuestra Señora, no le fuera necesario bolver atrás, aunque dize que lo da por bien empleado por aver visto las dichas islas. Así que llegando a tierra embió la barca y tentó el puerto y halló muy buena barra, honda de seis braços y hasta veinte y limpio, todo basa. Entró en él poniendo la proa al Sudueste y después bolviendo al Güeste, quedando la isla llana de la parte del Norte, la cual con otra su vezina haze una laguna de mar en que cabrían todas las naos de España y podían estar seguras sin amarras de todos los vientos. Y esta entrada en la parte del Sueste, que se entra poniendo la proa al Susudueste, tiene la salida al Güeste muy honda y muy ancha; así que se puede pasar entremedio de las dichas islas y por conocimiento de ellas a quien viniese de la mar de la parte del Norte, que es su travesía desta costa.

Están las dichas islas al pie de una grande montaña que es su longura de Leste Güeste, y es harto luenga y más alta y luenga que ninguna de todas las otras que están en esta costa, adonde ay infinitas, y haze fuera una restinga al luengo de la dicha montaña como un banco que llega hasta la entrada. Todo esto de la parte del Sueste, y también de la parte de la isla llana haze otra restinga, aunque esta es pequeña, y así entremedias de ambas ay grande anchura y fondo grande, como dicho es. Luego a la entrada a la parte del Sueste, dentro en el mismo puerto, vieron un río grande y muy hermoso y de más agua que hasta entonces avían visto, y que venía el agua dulce hasta la mar. A la entrada tiene un banco, mas después dentro es muy hondo de ocho y nueve braças. Está todo lleno de palmas y de muchas arboledas como los otros.

Domingo 25 de noviembre.—Antes del sol salido entró en la barca y fue a ver un cabo o punta de tierra al Sueste de la isleta llana, obra de una legua y media, porque le parecía que avía de aver algún río bueno. Luego, a la entrada del cabo de la parte del Sueste, andando dos tiros de ballesta, vio venir un grande arroyo de muy linda agua que decendía de una montaña abaxo y hazía gran ruido. Fue al río y vio en él unas piedras reluzir, con unas manchas en ellas de color de oro, y acordose que en el río Tejo que al pie de él junto a la mar se halla oro, y parecióle que cierto devía de tener oro, y mandó coger ciertas de aquellas piedras para llevar a los reyes. Estando así dan bozes los moços grumetes, diziendo que vían pinales. Miró por la sierra y vídolos tan grandes y tan maravillosos que no podía encarecer su altura y derechura como husos gordos y delgados, donde conoció que se podían hazer navíos e infinita tablazón y másteles para las mayores naos de España. Vido robles y madroños, y un buen río y aparejo para hazer sierras de agua. La tierra y los aires más templados que hasta allí, por la altura y hermosura de las sierras. Vido por la playa muchas otras piedras de color de hierro y otras que dezían algunos que eran de minas de plata, todas las cuales trae el río. Allí cogió una entena y mástel para la mezana de la caravela Niña.

Llegó a la boca del río y entró en una cala, al pie de aquel cabo de la parte del Sueste muy honda y grande, en que cabrían cien

naos sin alguna amarra ni anclas, y el puerto que los ojos otro tal nunca vieron. Las sierras altísimas, de las cuales descendían muchas aguas lindísimas, todas las sierras llenas de pinos y por todo aquello diversísimas y hermosísimas florestas de árboles. Otros dos o tres ríos le quedaban atrás. Encarece todo esto en gran manera a los reyes y muestra aver recibido de verlo, y mayormente los pinos, inestimable alegría y gozo, porque se podían hazer allí cuantos navíos desearen, trayendo los adereços, si no fuere madera y pez que allí se haría harta, y afirma no encarecello la centésima parte de lo que es, y que plugo a Nuestro Señor de le mostrar siempre una cosa mejor que otra. Y siempre en lo que hasta allí avía descubierto iba de bien en mejor, así en las tierras y arboledas y yervas y frutos y flores como en las gentes, y siempre de diversa manera, y así en un lugar como en otro. Lo mismo en los puertos y en las aguas. Y finalmente dize que cuando el que lo ve le es tan grande admiración cuánto más será a quien lo oyere, y que nadie lo podrá creer si no lo viere.

Lunes 26 de noviembre.—Al salir el sol levantó las anclas del puerto de Santa Catalina, adonde estava dentro de la isla llana, y navegó de luengo de la costa con poco tiempo Sudueste al camino del cabo del Pico, que era al Sueste. Llegó al cabo tarde, porque le calmó el viento, y llegando vido al Sueste cuarta del Leste otro cabo que estaría de él sesenta millas. Y de allí vido otro cabo que estaría hazia el navío al Sueste cuarta del Sur, y pareciole que estaría de él veinte millas, al cual puso nombre el cabo de Campana, al cual no pudo llegar de día porque le tornó a calmar de todo el viento. Andaría en todo aquel día treinta y dos millas, que son ocho leguas. Dentro de las cuales notó y marcó nueve puertos muy señalados, los cuales todos los marineros hazían maravillas, y cinco ríos grandes, porque iba siempre junto con tierra para verlo bien todo. Toda aquella tierra es montañas altísimas muy hermosas y no secas ni de peñas sino todas andables y valles hermosísimos. Y así los valles como las montañas eran llenos de árboles altos y frescos, que era gloria mirarlos, y parecía que eran muchos pinales.

Y también detrás del dicho cabo del Pico, de la parte del Sueste, están dos isletas que terná cada una en cerco dos leguas y dentro de ellas tres maravillosos puertos y dos grandes ríos.

En toda esta costa no vido poblado ninguno desde la mar; podría ser averlo y ay señales de ello, porque donde quiera que saltavan en tierra hallavan señales de aver gente y huegos muchos. Estimava que la tierra que oy vido de la parte del Sueste del cabo de Campana era la isla que llamavan los indios Bohío, y parécelo porque el dicho cabo está apartado de aquella tierra. Toda la gente que hasta oy ha hallado dizque tiene grandísimo temor de los caniva o canima, y dizen que biven en esta isla de Bohío, la cual deve ser muy grande, según le parece, y cree que van a tomar a aquellos a sus tierras y casas, como sean muy cobardes y no saber de armas. Ya esta causa le parece que aquellos indios que traían no suelen poblarse a la costa de la mar, por ser vezinos a esta tierra, los cuales dizque después que le vieron tomar la buelta desta tierra no podían hablar, temiendo que los avían de comer, y no les podía quitar el temor, y dezían que no tenían sino un ojo y la cara de perro, y creía el almirante que mentían y sentía el almirante que devían de ser del señorío del Gran Can, que los captivavan.

Martes 27 de noviembre.—Ayer al poner del sol llegó cerca de un cabo, que llamó Campana, y porque el cielo claro y el viento poco, no quiso ir a tierra a surgir, aunque tenía de sotaviento cinco y seis puertos maravillosos, porque se detenían más de lo que quería por el apetito y delectación que tenía y recevía de ver y mirar la hermosura y frescura de aquellas tierras donde quiera que entrava, y por no se tardar en proseguir lo que pretendía. Por estas razones se tuvo aquella noche a la corda y temporejar hasta el día. Y porque las aguas y corrientes lo avían echado aquella noche más de cinco o seis leguas al Sueste adelante de donde avía anochecido y le avía parecido la tierra de Campana. Y allende aquel cabo parecía una grande entrada que mostrava dividir una tierra de otra y hazía como isla en medio, acordó bolver atrás con viento sudueste y vino a donde le avía parecido el abertura, y halló que no era sino una grande baía y al cabo de ella, de la parte del Sueste, un cabo, en el cual ay una montaña alta y cuadrada que parecía isla. Saltó el viento en el Norte y tornó a tomar la vuelta del Sueste, por correr la costa y descubrir todo lo que allí oviese. Y vido luego al pie de aquel cabo de Campana un puerto maravilloso y un

gran río, y de allí a un cuarto de legua otro río y de allí a media legua otro río y dende a otra media legua otro río y dende a una legua otro río, y dende a otra otro río y dende a otro cuarto otro río y dende a otra legua otro río grande, desde el cual hasta el cabo de Campana avría veinte millas, y le quedan al Sueste. Y los más destos ríos tenían grandes entradas y anchas y limpias, con sus puertos maravillosos para naos grandísimas, sin bancos de arena ni de piedras ni restingas.

Viniendo así por la costa a la parte del Sueste del dicho posterior río, halló una grande población, la mayor que hasta oy aya hallado, y vido venir infinita gente a la ribera de la mar dando grandes bozes, todos desnudos, con sus azagayas en la mano. Deseó de hablar con ellos y amainó las velas, y surgió y embió las barcas de la nao y de la caravela por manera ordenados que no hiziesen daño alguno a los indios ni lo recibiesen, mandando que les diesen algunas cosillas de aquellos resgates. Los indios hizieron ademanes de no los dexar saltar en tierra y resistillos. Y viendo que las barcas se allegavan más a tierra y que no les avían miedo, se apartaron de la mar. Y creyendo que saliendo dos o tres hombres de las barcas no temieran, salieron tres cristianos diziendo que no oviesen miedo en su lengua, porque sabían algo de ella por la conversación de los que traen consigo. En fin, dieron todos a huir, ni grande ni chico quedó. Fueron los tres cristianos a las casas, que son de paja y de la hechura de las otras que avían visto, y no hallaron a nadie ni cosa en alguna de ellas. Bolviéronse a los navíos y alçaron velas a mediodía para ir un cabo hermoso que quedava al Oeste, que avría hasta él ocho leguas.

Aviendo andado media legua por la misma baía, vido el almirante a la parte del Sur un singularísimo puerto, y de la parte del Sueste unas tierras hermosas a maravilla, así como una vega montuosa dentro en estas montañas, y parecían grandes humos y grandes poblaciones en ella, y las tierras muy labradas. Por lo cual determinó de se baxar a este puerto y provar si podía aver lengua o práctica con ellos, el cual era tal que, si a los otros puertos avía alabado, este dize que alabava más con las tierras y templança y comarca de ellas y población. Dize maravillas de la lindeza de la tierra y de los árboles, donde ay pi-

nos y palmas, y de la grande vega, que aunque no es llana de llano que va al Sursueste, pero es llana de montes llanos y bajos, la más hermosa cosa del mundo, y salen por ella muchas riberas de agua que descienden destas montañas.

Después de surgida la nao, saltó el almirante en la barca para sondar el puerto, que es como una escodilla y, cuando fue frontero de la boca al Sur, halló un entrada de un río que tenía de anchura que podía entrar una galera por ella y de tal manera que no se vía hasta que se llegase a ella y, entrando por ella tanto como longura de la barca tenía cinco braços y de ocho de hondo. Andando por ella fue cosa maravillosa ver las arboledas y frescuras y el agua claríssima y las aves y amenidad, que dizque le parecía que no quisiera salir de allí. Iva diziendo a los hombres que llevaba en su compañía que para hazer relación a los reyes de las cosas que vían no bastarán mill lenguas a referillo ni su mano para lo escrevir, que le parecía que estava encantado. Deseava que aquello vieran muchas otras personas prudentes y de crédito, de las cuales dize ser cierto que no encarecieran estas cosas menos que él.

Dize más el almirante aquí estas palabras: «Cuanto será el beneficio de que aquí se pueda aver, yo no lo escribo. Es cierto, señores príncipes, que donde ay tales tierras, que deve de aver infinitas cosas de provecho, mas yo no me detengo en ningún puerto, porque querría ver todas las más tierras que yo pudiese para hazer relación de ellas a vuestras altezas, y también no sé la lengua, y la gente destas tierras no me entienden, ni yo ni otro que yo tenga, a ellos. Y estos indios que yo traigo muchas vezes les entiendo una cosa por otra al contrario, ni fío mucho de ellos porque muchas vezes han provado a fugir. Mas agora, plaziendo a Nuestro Señor, veré lo más que yo pudiese y poco a poco andaré entendiendo y conociendo y faré enseñar esta lengua a personas de mi casa, porque veo que es toda lengua una fasta aquí. Y después se sabrán los beneficios y se trabajará de hazer todos estos pueblos cristianos porque de ligero se hará, porque ellos no tienen secta ninguna ni son idólatras. Y vuestras altezas mandarán hazer en estas partes ciudad e fortaleza y se convertirán estas tierras. Y certifico a vuestras altezas que debaxo del sol no me parece que las puede aver

mejores en fertilidad, en temperancia de frío y calor, en abundancia de aguas buenas y sanas, y no como los ríos de Guinea, que son todos pestilencia, porque, loado Nuestro Señor, hasta oy toda mi gente no ha avido persona que le aya mal la cabeça ni estado en cama por dolencia, salvo un viejo de dolor de piedra, de que él estava toda su vida apasionado, y luego sanó al cabo de dos días. Esto que digo es en todos los tres navíos. Así que plazerá a Dios que vuestras altezas embiarán acá o vernán hombres doctos y verán después la verdad de todo.

Y porque atrás tengo hablado del sitio de villa e fortaleza en el río de Mares, por el buen puerto y por la comarca, es cierto que todo es verdad lo que yo dixere, mas no ha ninguna comparación de allá aquí ni de la mar de Nuestra Señora, porque aquí deve aver infra la tierra grandes poblaciones y gente innumerable y cosas de grande provecho, porque aquí, y en todo lo otro descubierto y tengo esperanza de descubrir antes que yo vaya a Castilla, digo que terná toda la cristiandad negociación en ellas, cuanto más la España, a quien deve estar sujeto todo. Y digo que vuestras altezas no deven consentir que aquí trate ni faga pie ningún extrangero, salvo católicos cristianos, pues esto fue el fin y el comienço del propósito, que fuese por acrecentamiento y gloria de la religión cristiana, ni venir a estas partes ninguno que no sea buen cristiano». Todas son sus palabras. Subió allí por el río arriba y halló unos braços del río y, rodeando el puerto, halló a la boca del río estavan unas arboledas muy graciosas como una muy deleitable huerta, y allí halló una almadía o canoa hecha de un madero tan grande como una fusta de doze bancos, muy hermosa, varada debaxo de una atarazana o ramada hecha de madera cubierta de grandes hojas de palma, por manera que ni el sol ni el agua le podían hazer daño. Y dize que allí era el proprio lugar para hazer una villa o ciudad y fortaleza por el buen puerto, buenas aguas, buenas tierras, buenas comarcas y mucha leña.

Miércoles 28 de noviembre.—Estúvose en aquel puerto aquel día porque llovía y hazía gran cerrazón, aunque podía correr toda la costa con el viento, que era sudueste, y fuera a popa, pero, porque no pudiera ver bien la tierra y no sabiéndola es peligroso a los navíos, no se partió. Salieron a tierra la gente de

los navíos a lavar su ropa, entraron algunos de ellos un rato por la tierra adentro. Hallaron grandes poblaciones y las casas vazías, porque se avían huido todos. Tornáronse por otro río abaxo, mayor que aquel donde estaban en el puerto.

Jueves 29 de noviembre.—Porque llovía y el cielo estava de la manera cerrado, que ayer no se partió. Llegaron algunos de los cristianos a otra población cerca de la parte de Norueste y no hallaron en las casas a nadie ni nada. Y en el camino toparon con un viejo que no les pudo huir, tomáronle y dixéronle que no le querían hazer mal, y diéronle algunas cosillas del resgate y dexáronlo. El almirante quisiera vello para vestillo y tomar lengua de él, porque le contentava mucho la felicidad de aquella tierra y disposición que para poblar en ella avía, y juzgava que devía de aver grandes poblaciones. Hallaron en una casa un pan de cera, que truxo a los reyes, y dize que, donde cera ay, también deve aver otras mil cosas buenas. Hallaron también los marineros en una casa una cabeça de hombre dentro de un cestillo cubierto con otro cestillo y colgado de un poste de la casa, y de la misma manera hallaron otra en otra población. Creyó el almirante que devía ser de algunos principales del linaje, porque aquellas casas eran de manera que se acogen en ellas mucha gente en una sola, y deven ser parientes descendientes de uno solo.

Viernes 30 de noviembre.—No se pudo partir, porque el viento era levante muy contrario a su camino. Embió ocho hombres bien armados y con ellos dos indios de los que traía, para que viesen aquellos pueblos de la tierra dentro y por aver lengua. Llegaron a muchas casas y no hallaron a nadie ni nada, que todos se avían huido. Vieron cuatro mancebos que estaban cavando en sus heredades. Así como vieron los cristianos, dieron a huir; no los pudieron alcançar. Anduvieron dizque mucho camino. Vieron muchas poblaciones y tierra fertilíssima y toda labrada y grandes riberas de agua, y cerca de una vieron una almadía o canoa de noventa y cinco palmos de longura de un solo madero, muy hermosa, y que en ella cabrían y navegarían ciento cincuenta personas.

Sábado 1º día de diziembre.—No se partió, por la misma causa del viento contrario y porque llovía mucho. Asentó una cruz

grande a la entrada de aquel puerto, que creo llamó el Puerto Santo, sobre unas peñas bivas. La punta es aquella que está de la parte del Sueste, a la entrada del puerto, y quien oviere de entrar en este puerto se deve llegar más sobre la parte del Norueste a aquella punta que sobre la otra del Sueste, puesto que al pie de ambas, junto con la peña, ay doze braças de hondo y muy limpio. Más a la entrada del puerto, sobre la punta del Sueste, ay una baxa que es sobre agua, la cual dista de la punta tanto que se podría pasar entre medias, aviendo necesidad, porque al pie de la baxa y del cabo todo es fondo de doze y de quinze braças, y a la entrada se ha de poner la proa al Sudueste.

Domingo 2 de diziembre.—Todavía fue contrario el viento y no pudo partir, dize que todas noches del mundo vienta terral y que todas las naos que allí estuvieren no ayan miedo de toda la tormenta de mundo, porque no puede recalar dentro por una baxa que está al principio del puerto, etc. En la boca de aquel río dizque halló un grumete ciertas piedras que parecen tener oro, trúxolas para mostrar a los reyes. Dize que ay por allí, a tiro de lombarda, grandes ríos.

Lunes 3 de diziembre.—Por causa de que había siempre tiempo contrario, no partía de aquel puerto, y acordó de ir a ver un cabo muy hermoso un cuarto de legua del puerto de la parte del Sueste. Fue con las barcas y alguna gente armada. Al pie del cabo avía una boca de un buen río, puesta la proa al Sueste para entrar y tenía cien pasos de anchura. Tenía una braça de fondo a la entrada o en la boca, pero dentro avía doze braças y cinco y cuatro y dos, y cabrían en él cuantos navíos ay en España. Dexando un braço de aquel río fue al Sueste y halló una caleta en que vido cinco muy grandes almadías que los indios llaman canoas, como fustas muy hermosas y labradas que eran, dizque era plazer vellas, y al pie del monte vido todo labrado. Estavan debaxo de árboles muy espesos y, yendo por un camino que salía a ellas, fueron a dar a una ataraçana muy bien ordenada y cubierta que ni sol ni agua no les podía hazer daño, y debaxo de ella avía otra canoa hecha de un madero como las otras, como una fusta de diez y siete bancos. Y era plazer ver las labores que tenía y su hermosura.

Subió una montaña arriba y después hallola toda llana y sembrada de muchas cosas de la tierra y calabazas, que era gloria vella, y en medio de ella estava una gran población. Dio de súbito sobre la gente del pueblo y, como los vieron, hombres y mugeres dan de huir. Aseguroles el indio que llevaba consigo de los que traía, diciendo que no oviesen miedo, que gente buena era. Hízolos dar el almirante cascaveles y sortijas de latón y contezuelas de vidro verdes y amarillas, con que fueron muy contentos. Visto que no tenían oro ni otra cosa preciosa y que bastava dexallos seguros y que toda la comarca era poblada y huidos los demás de miedo (y certifica el almirante a los reyes que diez hombres hagan huir a diez mill: tan cobardes y medrosos son que ni traen armas, salvo unas varas, y en el cabo de ellas un palillo agudo tostado), acordó bolverse. Dize que las varas se las quitó todas con buena maña, resgatándose las de manera que todas las dieron.

Tornados a donde avían dexado las barcas, embió ciertos cristianos al lugar por donde subieron, porque le avía parecido que avía visto un gran colmenar. Antes que viniesen los que avía embiado, ayuntáronse muchos indios y vinieron a las barcas donde ya se avía el almirante recogido con su gente toda. Uno de ellos se adelantó en el río junto con la popa de la barca y hizo una grande plática que el almirante no entendía, salvo que los otros indios de cuando en cuando alçavan las manos al cielo y davan una grande voz. Pensava el almirante que lo aseguravan y que les plazía de su venida, pero vido al indio que consigo traía demudarse la cara y amarillo como la cera, y temblava mucho, diciendo por señas que el almirante se fuese fuera del río, que los querían matar. Y llegose a un cristiano que tenía una ballesta armada y mostrola a los indios, y entendió el almirante que les dezía que los matarían a todos, porque aquella ballesta tirava lexos y matava. También tomó una espada y la sacó de la vaina, mostrándose la diciendo lo mismo, lo cual oído por ellos, dieron todos a huir, quedando todavía temblando el dicho indio de cobardía y poco corazón, y era hombre de buena estatura y rezio.

No quiso el almirante salir del río, antes hizo remar en tierra hazia donde ellos estavan, que eran muy muchos, todos teñidos

de colorado y desnudos como su madre los parió, y algunos de ellos con penachos en la cabeza y otras plumas, todos con sus manojos de azagayas. «Llegueme a ellos y díles algunos bocados de pan y demandeles las azagayas, y dávalas por ellas a unos un cascavelito, a otros una sortijuela de latón, a otros unas contezuelas, por manera que todos se apaziguaron y vinieron todos a las barcas y davan cuanto tenían por que quequiera que les davan. Los marineros avían muerto una tortuga y la cáscara estaba en la barca en pedaços, y los grumetes dábanles de ella como la uña y los indios les davan un manojo de azagayas. Ellos son gente como los otros que he hallado —dize el almirante— y de la misma creencia, y creían que veníamos del cielo, y de lo que tienen luego lo dan por cualquier cosa que les den, sin dezir que es poco, y creo que así harían de especería y de oro si lo tuviesen. Vide una casa hermosa no muy grande y de dos puertas, porque así son todas, y entré en ella y vide una obra maravillosa, como cámaras hechas por una cierta manera que no lo sabría dezir y, colgando al cielo de ella, caracoles y otras cosas. Yo pensé que era templo y los llamé y dixé por señas si hacían en ella oración, dixeron que no y subió uno de ellos arriba y me dava todo cuanto allí avía, y de ello tomé algo».

Martes 4 de diziembre.—Hízose a la vela con poco viento y salió de aquel puerto que nombró Puerto Santo. A las dos leguas vido un buen río de que ayer habló, fue de luengo de costa y corriase toda la tierra, pasado el dicho cabo, Lessueste y Güesnoruoeste hasta el cabo Lindo, que está al cabo del Monte, al Leste cuarta del Sueste, y ay de uno a otro cinco leguas. Del cabo del Monte a legua y media ay un gran río algo angosto, pareció que tenía buena entrada y era muy hondo. Y de allí a tres cuartos de legua, vido otro grandísimo río y deve venir de muy leños. En la boca tenía bien cien pasos y en ella ningún banco, y en la boca ocho braças y buena entrada, porque lo embié a ver y sondar con la barca, y viene el agua dulce hasta dentro en la mar, y es de los caudalosos que avía hallado y deve aver grandes poblaciones. Después del cabo Lindo ay una grande baía que sería buen paso por Lesnordeste y Sueste y Sursudueste.

Miércoles 5 de diziembre.—Toda esta noche anduvo a la corda sobre el cabo Lindo, adonde anocheció, por ver la tierra que

iva al Leste, y al salir del sol vido otro cabo al Leste, a dos leguas y media. Pasado aquel, vido que la costa bolví al Sur y tomava del Sudueste, y vido luego un cabo muy hermoso y alto a la dicha derrota, y distava desotro siete leguas. Quisiera ir allá, pero por el deseo que tenía de ir a la isla de Baveque, que le quedava, según dezían los indios que llevaba, al Nordeste, lo dexó. Tampoco pudo ir al Baveque, porque el viento que llevaba era nordeste. Yendo así, miró al Sueste y vido tierra y era una isla muy grande, de la cual ya tenía dizque información de los indios, a que llamavan ellos Bohío, poblada de gente. Desta gente dizque los de Cuba o Juana y de todas esotras islas tienen gran miedo, porque dizque comían los hombres. Otras cosas le contavan los dichos indios, por señas, muy maravillosas, mas el almirante no dizque las creía, sino que devían tener más astucia y mejor ingenio los de aquella isla Bohío para los captivar que ellos, porque eran muy flacos de corazón. Así que, porque el tiempo era nordeste y tomava del Norte, determinó dexar a Cuba o Juana, que hasta entonces avía tenido por tierra firme por su grandeza, porque bien avría andado en un paraje ciento y veinte leguas. Y partió al Sueste cuarta del Leste, puesto que la tierra que él avía visto se hazía al Sueste, dava este reguardo porque siempre el viento rodea del Norte para el Nordeste y de allí al Leste y Sueste.

Cargó mucho el viento y llevaba todas sus velas, la mar llana y la corriente que le ayudava, por manera que hasta la una después de mediodía desde la mañana hazía de camino ocho millas por ora, y eran seis oras aún no complidas, porque dizen que allí eran las noches cerca de quinze oras. Después anduvo diez millas por ora, y así andaría hasta el poner del sol ochenta y ocho millas, que son veintidós leguas, todo al Sueste. Y porque se hazía noche, mandó a la caravela Niña que se adelantase para ver con el día el puerto, porque era velera, y llegando a la boca del puerto, que era como la baía de Cáliz, y porque era ya de noche, embió a su barca que sondase el puerto, la cual llevó lumbre de candela. Y antes que el almirante llegasse a donde la caravela estava barloventeando y esperando que la barca le hiziese señas para entrar en el puerto, apagósele la lumbre a la barca. La caravela, como no vido lumbre,

corrió de largo y hizo lumbre al almirante y, llegado a ella, contaron lo que avía acaecido. Estando en esto, los de la barca hizieron otra lumbre, la caravela fue a ella y el almirante no pudo, y estuvo toda aquella noche barloventeando.

Jueves 6 de diziembre.—Cuando amaneció, se halló cuatro leguas del puerto, púsole nombre Puerto María y vido un cabo hermoso al Sur, cuarta del Sudueste, al cual puso nombre cabo del Estrella, y pareciole que era la postrera tierra de aquella isla hazia el Sur, y estaría el almirante de él veintiocho millas. Parecíales otra tierra como isla no grande al Leste y estaría de él cuarenta millas. Quedávale otro cabo muy hermoso y bien hecho, a quien puso nombre cabo del Elefante, al Leste, cuarta del Sueste, y distávale ya cincuenta y cuatro millas. Quedávale otro cabo al Lessueste, al que puso nombre el cabo de Cinquin, estaría de él veintiocho millas. Quedávale una gran escisura o abertura o abra a la mar, que le pareció ser río, al Sueste, y tomava de la cuarta del Leste, avría de él a la abra veinte millas. Pareciole que entre el cabo del Elifante del de Cinquin avía una grandíssima entrada y algunos de los marineros dezían que eran apartamientos de isla, aquella puso por nombre la isla de la Tortuga. Aquella isla grande parecía altíssima tierra, no cerrada con montes sino rasa como hermosas campiñas, y parece toda labrada o grande parte de ella, y parecían las sementeras como trigo en el mes de mayo en la campiña de Córdoba. Viéronse muchos huegos aquella noche y de día muchos humos como atalayas, que parecía estar sobre aviso de alguna gente con quien tuviesen guerra. Toda la costa desta tierra va al Leste.

A ora de vísperas entró en el puerto dicho y púsole nombre Puerto de San Nicolao, porque era día de San Nicolás, por honra suya, y a la entrada de él se maravilló de su hermosura y bondad. Y aunque tiene mucho alabados los puertos de Cuba, pero sin duda dize él que no es menos este, antes los sobrepuja y ninguno le es semejante. En boca y entrada tiene legua y media de ancho y se pone la proa al Sursueste, puesto que por la grande anchura se puede poner la proa a donde quisieren. Va desta manera al Sursueste dos leguas, y a la entrada de él por la parte del Sur se haze como una angla y de allí se

sigue así igual hasta el cabo, adonde está una playa muy hermosa y un campo de árboles de mill maneras y todos cargados de frutas, que creía el almirante ser de especerías y nuezes moscadas, sino que no estavan maduras y no se conocían, y un río en medio de la playa. El hondo deste puerto es maravilloso, que hasta llegar a la tierra en longura de una [...] no llegó la sondaresa o plomada al fondo con cuarenta braças, y ay hasta esta longura el hondo de quinze braças y muy limpio, y así es todo el dicho puerto de cada cabo hondo dentro a una pasada de tierra de quinze braças, y limpio. Y desta manera es toda la costa, muy hondable y limpia, que no parece una sola baxa, y al pie de ella, tanto como longura de un remo de barca de tierra, tiene cinco braças, y después de la longura del dicho puerto, yendo al Sursueste, en la cual longura pueden barloventear mil carracas, baxa un braço del puerto al Nordeste por la tierra dentro una grande media legua, y siempre en una misma anchura, como que lo hizieran por un cordel, el cual queda de manera que, estando en aquel braço, que será de anchura de veinticinco pasos, no se puede ver la boca de la entrada grande, de manera que queda puerto cerrado, y el fondo deste braço es así en el comienço hasta el fin de onze braças, y todo basa o arena limpia, y hasta tierra y poner los bordos en las yervas tiene ocho braças. Es todo el puerto muy airoso y desabahado, de árboles raso.

Toda esta isla le pareció de más peñas que ninguna otra que aya hallado. Los árboles, más pequeños y muchos de ellos de la naturaleza de España, como carrascos y madroños y otros, y lo mismo de las yervas. Es tierra muy alta y toda campiña o rasa y de muy buenos aires, y no se ha visto tanto frío como allí, aunque no es de contar por frío, mas díxolo al respecto de las otras tierras. Hazia enfrente de aquel puerto, una hermosa vega y en medio de ella el río susodicho, y en aquella comarca (dize) deve aver grandes poblaciones, según se vían las almadías con que navegan tantas y tan grandes de ellas como una fusta de quinze bancos. Todos los indios huyeron y huían como vían los navíos. Los que consigo de las isletas traía, tenían tanta gana de ir a su tierra que pensava (dize el almirante) que, después que se partiese de allí, los tenía de llevar a sus casas y